

Miedos

Rodrigo Gutierrez



Capítulo 1

UNA MUÑECA

«Ay... ¡Cómo las odio! Cada vez que las veo, siento vibrar en mi sangre un impulso de patearlas, parecido al de los niños pequeños cuando ven un gato (pobres gatos). Muñecas, tenéis cara de imbéciles, unas pestañas ridículas, ojos de canica y mirada sin vida. ¡Cómo las odio, imitaciones de algún tierno bebé o de la más bella mujer! ¡Cómo las odio, manipuladoras de la infancia femenina y sofocadoras de su creatividad, presionándolas a seguir eternamente la obligación de ser una "Barbie"! De verdad, ¡cómo las odio, por ser albergadoras de tantos sucesos sin explicación, por ser casita de los demonios, por ser las malditas líderes de muchas pesadillas!... Sí, muñequitas, ustedes saben cuánto las odio, lo saben incluso más que yo, y están orgullosas de ello. Sólo ustedes saben lo que he debido soportar por vuestra culpa. Ojalá pueda algún día encontrar una mejor palabrota para insultarlas con todo lo que de verdad siente mi herida imaginación. Cómo las odio, malditas... ¡Cómo las odio!»

Ricardo

En una familia muy unida y con miembros curiosamente diferentes, nació Ricardo, dando un poco más de sombra masculina a tanto brillo femenino. Al ser el primer nieto de la generación, lo colmaron de un mar de regalos, de los cuales él disfrutaba la parte de los juguetes. Sus papás, simplemente, lo amaban, y se entregaban completamente a él, aun con la carente experiencia en el arte de criar a un hijo; sus abuelos, papás en versión anciana, eran expertos repartidores de abrazos, y con ellos podía hacer cualquier travesura, tan solo recibiendo cariñosos regaños (Bueno, a veces, según se viera el bigote del abuelo, sabía que la corrección no sería tan dulce); su tío, el que no demostraba tanto afecto físico, siempre le daba los regalos más geniales y las más inesperadas sorpresas; sus tías, máquinas de besos y juegos hasta el cansancio, eran una de sus grandes recompensas después del kínder. En la recámara de éstas, colgada con un clavo en una de las paredes, había una enorme (al menos para la baja estatura de Ricardo) y jocosa muñeca de tela y otros materiales manuales, muy bien hecha para la época. Esta parecía una guardiana allá arriba, aparentemente mirando hacia el vacío...

Adivinaron, Ricardo no podía estar sólo en aquella recámara, al menos no si se percataba de la presencia de la muñecota. Eran pocos los segundos que podía permanecer observando lo que a él le parecía el demonio hecho juguete. Cada vez, iba memorizando más su figura: Pies circulares y colgantes, piernas huesudas, tórax ancho, como se ve una

niña europea en invierno, (toda cubierta con un montón de ropa arriba de la cintura, colocada por la protección materna), y, lo más impresionante (o aterrador), una cabeza enorme, de verdad, enorme. Peor aún, cubierta de hipócritas trenzas aparentando ternura, con una boquita ridículamente pequeña para el tamaño de la cabeza, sin nariz, y con los ojos que persiguieron al chico hasta el día de su entierro; la mirada siempre perdida, aunque transmitía la sensación de que no estaba tan desubicada como parecía. Posiblemente, la muñeca estaba rellena de algodón, por lo que no era muy difícil equilibrarla cuando la colgaban en la pared. El hecho de que estuviera allí, era para Ricardo la salvación: Le daba la seguridad de no tener que afrontarla cara a cara; ella no podría hacerle daño, pues estaba muy arriba, y tendría tiempo de correr si a la muy desgraciada se le ocurría bajar. Era un miedo que no faltaba cada vez que entraba en esa recámara, pero siempre bajo control, o al menos así lo creía.

Ricardo trataba de no revelar su miedo a nadie, pero era un niño, y los niños no saben guardar secretos. Sus tías, que lo habían visto observar fijamente a la muñeca, y a veces salir corriendo de la habitación, habían intuido su secreto, y estaban planeando algo, una travesura: Darle un pequeño susto, a modo de juego. ¿Por qué? ¿Qué no eran puro cariño con su sobrino? Sí, pero todos tenemos un granito de maldad, un pequeño impulso que se disfraza de sana diversión, de un bien que oculta el horror de los medios. Ellas no fueron la excepción, y claro, ya muy tarde, se arrepintieron...

Resulta que cierta tarde de verano (bueno, todo el tiempo es verano en la población de esta familia) el pequeño Ricardo llegó muy feliz a casa de sus tías, esperando divertirse mucho al juego de las escondidillas, los atrapados, o, simplemente, sentarse a ver las caricaturas junto a sus segunda y tercera mamá. Luego de saludarlas y abrazarlas, ellas le dijeron que le tenían una gran sorpresa, que alguien quería verlo y jugar con él. La cara de extrañez del niño saltó al momento, pero su confianza permaneció intacta. Ellas solo podían traerle cosas buenas, así que pensó en opciones: Quizá, se trataba de algún primo lejano que venía de visita, o de alguna niña desconocida y de cuatro o cinco años de edad (como Ricardo), hija de algún amigo de la familia, con la que podría jugar. Sus tías le pidieron que esperara un momento en la sala. Una de ellas se colocó detrás de él, como en actitud de expectativa, mientras la otra se adentró en el pasillo de las habitaciones, probablemente en dirección a su recámara. Con rostro pensativo, pero también emocionado, Ricardo esperó, la escuchó llegar, y la vio, pero no a su tía...

Allí estaba, con su rostro idiota y su cuerpo subnormal, un poco más grande que él, pero no de pie por sí misma, sino con una mano que la sostenía, mano de un cuerpo escondido tras la pared. Justo frente a él, en el umbral que conduce de las habitaciones a la sala principal, se encontraba ELLA. No era una niña, o al menos no de verdad: Miraba a la muñeca de sus tías, a la que siempre había estado colgada en la pared,

ahora abajo, desafiándole y dándole a entender que los enemigos pueden estar más cerca de lo que uno cree. Acto seguido:

—Hola... —Dijo la tía detrás del muro, moviendo la muñeca como queriendo fingir un saludo que terminó volviéndose un ridículo movimiento que, para Ricardo, fue como una amenaza de ataque.

—¡...!

—¡No me tengas miedo! ¡Jijiji! — Susurró “la muñeca”— ¡Sólo quiero jugar!

El rostro de Ricardo se transformó, y con toda justificación. En un niño de cuatro años, siempre perfectamente cuidado por el cariño de su familia, este tipo de sucesos no carburan, no se procesan con intuición ni con velocidad. No podía compaginar ambos hechos: El verdugo de sus pesadillas frente a él, y la idea de que sus tías estuviesen haciéndole una maldad, no podían hacerse una sola realidad. ¡Imposible! Pero este sería tema de sus primeros pensamientos “filosóficos” sobre la existencia de la maldad, aún en sus seres más queridos. Ahora, solo una cosa le dominaba: El miedo...

Qué... ¿Qué me va a hacer ésta? ¿Por qué mis tías están como si nada?
Ay... Ay... — Pensó, como gemidos internos.

Durante unos segundos, miró aterrorizado a su tía, la que se encontraba detrás de él, y, al verla dar pequeñas risitas, su miedo se incrementó, y su inseguridad se hizo la dueña del momento.

—¡Ven! ¡Vamos a jugar! —Escuchó Ricardo desde la muñeca, entre las risas escondidas de la otra tía que se encontraba detrás del muro, sosteniendo el “juguete”.

Y luego, el horror...

La muñeca comenzó a acercarse con movimientos satánicos, que el pequeño recordaría por siempre como su primera experiencia del Diablo. Estando a menos de siete metros, vio el cuerpo de su tía asomarse, lo cual, como la vez anterior, solo aumentó su confusión, solidificó su terror. Se intensificaron las risas, volvió a sentir la mirada de la muñeca, le pareció ver una sonrisa diferente dibujándose en ella. Pronto estaba a tan solo tres pasos. Sí, ella lo iba a tocar. Entonces, su miedo pasó de lo extraño a lo concreto, de lo infantil a lo mórbido: Ella podría significar la muerte, el fin. No pudo más, el miedo fue más fuerte, vio el telón de su vida bajar en forma, no de un esqueleto con una hoz, sino de una niña de tela, con semblante imbécil y de falsa vitalidad. Gritó, gritó y gritó, pero solo como un niño sabe hacerlo: Un sonido que pasa de ser fortísimo a débil, convirtiéndose segundo a segundo en gemido, en desesperación, en lágrimas de abandono a la perdición; de nada servía correr, sabía ya que las tías no estaban de su lado, estaba atrapado, sentenciado por su cruel destino...

Antes de que la tía ventriloquia le tocara con la muñeca, Ricardo había ya caído de rodillas, entregado, como el mártir que deja todo en manos de Dios. Y, por fin, casi como un relámpago simultáneo en ambas mentes, las tías dejaron de reírse, y se miraron... Sí, cayeron en cuenta de lo que habían hecho. La diversión se convirtió en pena, arrepentimiento, y claro, en confusión: ¿Por qué carajo estaban haciéndole semejante

aberración a su amado sobrino? ¿Estaban conscientes del trauma que tatuaban en los recuerdos del niño? ¿Por qué jugaban con su indefenso terror? ¡Dios mío! *¿Qué estamos haciendo?* — Pensaron ambas al unísono.

Rápidamente, la tía marionetista alejó a la muñeca de él, y la escondió en un lugar que el niño no pudiese ver. La otra, que estaba detrás, se lanzó sobre el chico con un abrazo sabor hipócrita, rogándole que las perdonara. En tanto, regresó la otra, y permaneció mirando la imagen del abrazo con una pequeña sonrisa que se burlaba de la propia tontería que amabas habían hecho. Ya no era divertido, y no supo cómo pudo haberles cruzado por la mente que lo sería, que era una buena idea. Son de esas acciones que el hombre lleva a cabo, y, luego, solo permanece el recuerdo confuso de la idiotez del momento, sellado con una calcomanía de dientes y orejas de burro. Así somos, y nadie se salva...

Después de algunos segundos, ya solo se escuchaban los mocos de Ricardo regresando a sus fosas nasales, y se podía ver a las tías cargándole hacia la recámara en un silencio sepulcral. Durante el resto de la tarde, ellas estuvieron tratando de pedirle disculpas, peticiones a las cuales Ricardo contestaba con un confundido y somnoliento «sí, las perdono». Digo somnoliento, porque el niño sentía que se estaba despertando de un tenebroso sueño, pero las huellas de las lágrimas que habían bajado por sus mejillas demostraban que no. La verdad, no estaba enojado con sus tías, tan solo era presa de lo inexplicable: No podía creer lo que había sucedido. De todos modos, el no volver a ver a la muñeca colgada en la pared de siempre, le tranquilizó. Por algún tiempo, Ricardo “olvidó” su miedo a la muñeca y el trauma anterior. Repito, sólo por un tiempo...

Las tías que acabamos de retratar como seres hermosos, y luego malignos, tienen nombre: La que portaba la muñeca, se llama Mydna, y la que se colocó detrás de Ricardo, Mileidy. Esta última era la mayor de las dos. Se encontraba en sus primeros años de periodismo en la universidad, y era la que más demostraba el cariño de modo extrovertido. Incluso Ricardo, con apenas cuatro años, no tardó en notar que ella era la más coqueta de las dos, y a veces trataba de ser la tía favorita. De verdad, era muy bonita, y estaba comenzando un noviazgo que, en algunos años más, terminaría en un matrimonio con dos mellizos. Creo que ahora no tiene problemas para colmar a otros de amor, pues estos dos chiquillos resultaron ser agujeros negros traga cariño. Por el otro lado, Mydna era mucho más introvertida, pero no por ello dejaba de consentir a Ricardo. Lo que él más recuerda de ella cuando era pequeño, eran los paseos en los que lo llevaba de la mano a comprar dulces, de los helados que le regalaba en su empleo de medio tiempo, y los permisos que le daba de jugar juntos en la computadora. Ella era un poco menor que Mileidy, y en ese momento se encontraba terminando la preparatoria. Con el pasar de los años, se haría una exitosa bioanalista, y traería a la primera nieta, destructora del imperio masculino de los nietos que Ricardo había iniciado. A pesar del incidente con la muñeca, Ricardo continuó queriéndolas como

siempre. Probablemente, el chico concluyó que el accidente fue completa culpa de un conjuro, o algo así, que la maldita muñeca había lanzado sobre sus tías. Bueno, así pensó durante algunos años, hasta el suceso de algunos años después...

—Mami ¿qué tienes en la barriguita? — Preguntó Ricardo.

— A Rodrigo, tu hermanito — Dijo la madre con ternura.

— ¿...?

— Sí, un bebé, un nuevo miembro de la famil...

— ¿Y por qué está dentro de la panza? ¿Cómo se metió? — Interrumpió Ricardo.

— Oh... Bueno, tu papá te lo explicará cuando estés más grande... Eh... ¿Quieres escuchar a tu hermanito? — Contra atacó la mamá, esquivando la incómoda pregunta del hijo.

— ¿Puede hablar desde ahí? — Preguntó otra vez, ahora más a modo de exclamación.

— ¡Sí, claro! Ven, por tu oreja en mi ombligo — Respondió la madre con astucia.

— A ver, a ver (a oír, a oír) — Dijo el ansioso niño.

— ¡Hola Ricardo! ¡Soy tu hermanito! — Escuchó el pequeño, como vibraciones que salían de la pancita materna — ¡Ya me queda poco para salir y jugar contigo! ¿Vas a prestarme tus juguetes?

— ¡...! Este..., bueno, pero tendrás que portarte bien cuando salgas de ahí — Dijo Ricardo a la barriga, mientras la apuntaba con el dedo, como imponiendo su "autoridad" de hermano mayor. Luego, contemplando el rostro de mami, gritó: — ¡Sí, habla!

Durante mucho tiempo, Ricardo pensó que los niños, antes de nacer, podían hablar desde el interno de la madre, pero ya no podían al nacer, comprobándolo la primera vez que vio a su recién nacido hermanito, con su apariencia de rata gigante y un ojo enrojecido:

— ¡Bienvenido, Rodrigo!

— ...

— ¡Hola, bebé!... ¿Por qué no hablas?

— ...

— ...

Un día, ya cuando Rodrigo estaba dando sus primeros pasos, Ricardo preguntó a su mamá:

— Mami, ¿por qué Rodrigo no habla, como cuando estaba en tu barriguita?

— Ah, Ricardo, verás... era yo la que estaba hablando sin que te dieras cuenta. Solo era una pequeña mentira, ya sabes, para jugar contigo.

He aquí su primer descubrimiento de una "mentirita". Al menos esta no resultó tan traumatizante como la del Ratón Pérez, o la de Papá Noel.

Durante ocho meses continuos, Ricardo escuchó a los mayores repetir hasta el cansancio la palabra «hermanito», diciéndole que ya no sería el único nieto, que ahora le tocaría ser hermano mayor, que tendría que portarse bien, dar ejemplo, y bla, bla, bla...

— Dentro de poco ya tendrás a tu hermano, que se llamará Rodrigo. ¿No estás feliz, Ricardo? — Le preguntó una vez la tía Mydna. Esta fue la única frase que se le quedó en la mente de entre todas las que escuchó antes del nacimiento del bebé. «Rodrigo, mie hermanito...»

Luego de unas semanas de la natividad de Rodrigo, y después de que este comenzó a perder su apariencia de rata calva, Ricardo pudo contemplarlo con tranquilidad, ya sin el gentío de personas que venían a conocerlo. Notó algunas cosas que le dejaron pensando: Su cabello era de un color claro y alisado, a diferencia del suyo, negro y rizado; se veía rellenito, y no esquelético, como Ricardo había sido siempre; los brazos y piecitos de Rodrigo eran prácticamente blancos, y fue allí cuando Ricardo se percató de que él no era: tenía más un color de pan tostado durante 15 segundos (una vez su abuela le explicó el nombre preciso de su tono de piel: «Trigueño». Tardó un buen tiempo en aprender a decir esta palabra sin errores de pronunciación); por último, observó el rostro del bebé, con esa mirada tranquila, dadora de sonrisas, con ojos castaños como el bronce, y el increíble parecido que tenía con su mami. Seguramente, el sería heredero de la orgullosa fealdad masculina de su padre, y Rodrigo, de la suertuda belleza de su madre. *Será muy apuesto cuando sea grande.* —Pensó.

Sí, claro, cuando sea grande...

A la habitación de Ricardo llegaron una cuna, juguetes maraqueros, ropita de bebé. No fue algo que le molestó. Por el contrario, ahora se sentía más acompañado, aunque fuese por un indefenso hombrecito que se babeaba hasta el cuello y de vez en cuando creaba bombas dentro de pañales, aún peores que el tiroteo de pedos después del tetero.

Rodrigo era un niño excepcional. Con apenas un año y algunos meses de vida, sabía más o menos que cosas no podía hacer, qué podía hacer enojar a sus padres o a su hermano, así que intentaba portarse bien, y de hecho lo lograba. Esta era una gran diferencia respecto a Ricardo. Lo que más llamaba la atención del menor de los hermanos al seguirle con la mirada, era su tierna imaginación: usaba sus juguetes como si fuesen personajes reales de una película de acción, dibujaba figuras antropomórficas particularmente artísticas y se dejaba enseñar por todos, aplicando sus nuevos aprendizajes en diferentes maneras de divertirse. Aunque era muy curioso y travieso, no por ello dejaba de ser tan atento en la escucha de sus mayores, buscaba ayudar a su mami en los quehaceres y, lo más tierno (o pícaro), era verle correr hacia la persona que lo regañaba, como pidiendo perdón en un derrame de lágrimas sobre las piernas del adulto. En fin, Rodrigo era un pequeñuelo muy amado por la familia, e incluso Ricardo, que naturalmente le tenía cierta envidia, era su mayor protector: No podía soportar el verle llorar y sufrir, aunque fuese él quien lo haya provocado.

Pero bueno, mejor no encariñarse mucho con Rodrigo. Ya me lo agradecerás después, querido lector...

Por los días en los que Rodrigo cumplió dos años de nacido, y Ricardo comenzaba la escuela primaria, las tías sacaron a la muñeca de su escondite y la colgaron en el espacio vacío de la pared, que había estado así desde la última aventura. Cuando el mayor de los sobrinos la vio, sintió un pequeño vacío en el estómago, pero, sin duda alguna, ahora era mucho más valiente que la última vez. De hecho, hubo un día en el que, mientras los adultos aseaban la casa, encontró a la muñeca tendida en una de las camas, pues las tías estaban a punto de desempolvar las paredes: Miró a su alrededor, no había nadie. El niño decidió acercarse a la muñeca, paso a paso, realmente sin saber por qué, pero tenía que hacerlo. Ahí estaba, echada, mirando idiotamente hacia el techo y con su invertebrado cuerpo más nauseabundo que de costumbre. Ricardo apretó los puños, trató de controlar su acelerada respiración, la miró... Estaba ya a solo tres pasos, como la vez en que se desplomó frente a ella. Se detuvo, diciéndole en voz muy baja:

— Todavía te tengo miedo, pero ya no me harás llorar...

El chico se armó de valor, contuvo la respiración, y lanzó a la cara de muñeca el más fuerte puñetazo del que es capaz un niño de siete años. Inmediatamente, su miedo se multiplicó por tres y sintió el temblor en sus manos y tobillos. Estaba en guardia, esperando hasta la peor respuesta por parte de la muñeca: Nada... Y además del abominable miedo, Ricardo sentía crecer en él la rabia y la venganza, combinación perfecta para una pelea. Dio otro puño, otro, otro... Temblaba de pavor, era un miedo emocionante. La tomó del brazo y al instante la arrojó al suelo, dejando escapar un pequeño gemido de temor, como si el solo tocarla fuese a quemarle. Pero él tenía a la muñeca a su merced. Y bueno, sabemos que un niño no puede resistirse a patear lo que odia, por lo que Ricardo no fue la excepción: Justo después de descargar su pie contra la cabeza de la aparentemente inerte muñeca, la tía Mileidy entró para ver el espectáculo.

— ...

— ¡...!

La tía, después de reírse un poco, lo regañó por ensuciar el juguete con el que ella jugaba de niña, al cual Ricardo respondió con una confundida pero victoriosa sonrisa. La muñeca regresó a su clásico puesto en la pared. El chico observó todavía unos segundos más la mirada perdida de la muñeca, con la sensación de que, aunque ella no lo mirase directamente, sabía que el niño estaba ahí, por lo que un pensamiento le abrumó durante algunos momentos:

¿Y si está enojada por lo que le hice? ¿Se vengará?...

Como respuesta a sí mismo, se dijo que comprobara los hechos: La

muñeca no le había hecho nada ante los golpes. Quizá, su miedo era una tontería; probablemente, solo era una muñeca, y ya. Esto le convenció. Se sintió ya un niño grande, y...

— ¡No me asustas, PERRA! — Gritó, y luego salió corriendo, para evitar el manotazo en la boca por parte de su tía (La palabrota la aprendió gracias a una discusión que sus padres habían tenido un día en el que a cierta jovencita, alumna en la universidad del papá de Ricardo, se le ocurrió enviar a su profesor algunos mensajes telefónicos, digamos, coquetos. Con esta dulce y delicada palabra, respondió mamá a la cachorrita...).

Los meses pasaron en una hermosa tranquilidad. La escuela iba bien; la familia, mejor. Rodrigo ya sabía decir algunas palabras y oraciones, y caminaba sin mucha dificultad (Bueno, corría. Era de los niños que aprenden primero a escapar de los papás antes que caminar de forma civilizada). Mileidy y Mydna, tías de los hermanitos, continuaban regalándoles cariño, que les hacía vivir en un sueño de ternura. Pero, como ya hemos experimentado, hasta la más pura persona comete errores, y la mayoría, vuelve a caer en el mismo, por más esforzado que sea. Es de humanos errar, es de tías, volver a errar...

Una mañana de sábado, feliz por no tener clases en la escuela, Ricardo fue con su hermanito a casa de las tías. La abuela y el abuelo los recibieron con un beso en la cabeza y luego se dirigieron hacia la recámara donde solían jugar y ver la televisión, pero la tía Mileidy los detuvo antes de que cruzaran el pasillo, y les pidió quedarse un momento en la sala principal. A Ricardo lo sentaron en una silla de la mesa familiar, y a Rodrigo le pidieron quedarse de pie en el centro de la sala, justo delante del corredor que lleva a las habitaciones.

— ¡Su tía Mydna viene con una sorpresa! Esperen un momento...

Seguidamente, Ricardo vio, con la boca estupefacta, a la tía Mileidy colocarse a unos metros detrás de Rodrigo. La escena era familiar, y el miedo, el mismo. El horror había resucitado de entre los muertos recuerdos. No había duda, le harían la misma broma al pequeño, lo harían ver al Diablo, como hicieron que Ricardo lo viese. ¿Qué hacer? (¡Piensa, Ricardo!) ... Nada. El miedo lo había congelado, y cuando por fin se disponía a saltar de la silla en rescate de su hermanito, apareció. Oh, sí, ELLA apareció:

— ¡Hola, Rodrigo! ¿Quieres jugar conmigo? — Dijo la tía Mydna, tratando de colocarle voz amigable a la muñeca.

Viene otra vez, Dios mío, viene... — Pensó Ricardo, en medio de tartamudeos mentales.

— ¡Acércate, Rodrigo! ¡Así podremos jugar! — Exclamó la tía, moviendo a la muñeca del mismo modo que a Ricardo le parecía tan particularmente satánico. Aunque ahora lo viese un poco más ridículo que dos años atrás, eso no quitaba la angustia del momento.

Rodrigo se dirigió hacia ella, pues siempre fue muy, pero muy obediente. Y, cuando estaba a dos metros (¡Detente, hermanito, basta!),

la muñeca, dirigida por la tía Mydna, saltó hacia él con un brinco poseso, y, tocándole con la cabeza, dejó escuchar al unísono el siguiente alarido:

— ¡BUUUUUHHHHH!

A Ricardo se le escapó un grito; a Rodrigo, una risita.

El pequeño parecía simplemente asombrado de la muñeca, y de vez en cuando intercalaba la mirada entre el juguete y las tías, ubicadas delante y detrás de él. Parecía como si las desafiase, quién sabe si con inocencia o ironía, casi diciendo con la mirada: «¿Y ahora?», pero a Ricardo le pareció notar en Rodrigo una expresión idiota, parecida a la de la muñeca.

Las tías, decepcionadas ante el fracaso de su travesura, y quizá con la conciencia calmada por no haberle causado a Rodrigo el mismo trauma que a Ricardo, se llevaron a la muñeca, la cual el pequeño Rodrigo no dejó de contemplar hasta que desapareció de su vista. Por varios minutos, Rodrigo permaneció mirando hacia el vacío, y Ricardo, mirándolo a él... Algo, no sabía qué, estaba mal, y a pesar de la gran valentía de su hermanito (o de su inigualable temperamento flemático), Ricardo tenía esta extraña sensación. Nunca había visto así al pequeño Rodrigo.

El transcurso del día, y especialmente llegado el atardecer, fue muy extraño. Rodrigo no había cambiado su idiotizado rostro. Jugando como de costumbre, su actitud pensativa llamaba mucho la atención. A Ricardo le preocupaba, por lo que no le quitaba el ojo de encima. Se preguntaba si algo tenía que ver con la muñeca. Por su mente llegó a pasar la fantasiosa idea de un hechizo lanzado por ELLA hacia Rodrigo: Aunque no fuese una idea muy lógica, no se le ocurrió nada mejor.

Resulta que esa misma tarde habría una gran reunión familiar. Tíos y primos de diversos lugares del estado comenzaban a llegar. Y claro, para Ricardo era una alegría volver a encontrar primos lejanos de su misma edad. Entre el mar de tíos que llegaban a la casa y le saludaban, y distraído con el ruido de risas fraternas, Ricardo perdió de vista a su hermanito. No fue hasta que los adultos comenzaron a sentarse, con cerveza en mano, que Ricardo se percató de la ausencia de Rodrigo. En ese momento, la familia se encontraba en el jardín trasero de la casa. Ricardo giró con la mirada, tan solo viendo las travesuras de los niños y el ambiente social de los adultos.

Aquí no está... — Pensó Ricardo, teniendo la imagen de la recámara en mente.

Corrió hacia la sala, tropezando con algún familiar y tumbándole la bebida de la mano, pero le valió un bledo reconocer a quién. Llegó con su mamá, normalmente más reservada que el resto de la familia, y le preguntó con impaciencia:

— ¿Habei (has) visto a Rodrigo, mami?

— Estaba aquí hace un momento y le vi bostezando. Yo creo que se fue a dormir en el cuarto de las tías. ¿Por qué esa cara, Ricardo? ¿Pasa algo?...

— ¡Nada, nada! — Respondió el hijo, ya corriendo hacia la recámara.

Mamá, como toda mujer, percató al momento lo extraño de la situación, así que se levantó de la silla para seguirlo, pero (cosas de la vida) un niño resbaló mientras era perseguido por otro y se golpeó la cabeza con una mesa. La mujer no pudo evitar consolar su llanto, pero no sin dejar de pensar en la extraña impaciencia de Ricardo. No le vio ni escuchó... hasta un minuto después.

No era para nada anormal que Rodrigo durmiera un poco en las tardes: Tenía casi tres años, y a esa edad se tiene mucha energía, pero también se pierde. Ambos hermanos solían echarse en las camas de las tías, en la recámara vigilada por la muñeca. Esto no era nada extraño, pero, esa tarde, sí. Con lo que sucedió en la mañana, y con la actitud que Rodrigo había adoptado en las siguientes horas, nació en Ricardo una sensación de sospecha que, en ese momento, se mezcló con un poco de náuseas. Algo iba mal, lo sabía, aunque no tuviese fundamento en nada. El chico no estaba imitando a las caricaturas detectivescas de Scooby Doo, o a los súper héroes de los Power Rangers. No, lo que le movía era la auténtica preocupación por su hermanito. Su miedo, aun mayor que el que le tenía a la tonta muñeca, era que a su hermanito le ocurriese algo malo.

Durante las quince zancadas que le tomó llegar desde la sala principal a la recámara, la memoria de Ricardo colocó en primera plana muchos recuerdos de Rodrigo, algunos muy tiernos, como la primera vez que el pequeñín dijo «Rica(r)do», o aquel en el que Rodrigo le dio un abrazo espontáneo y le dijo: *¡Te kiedo, mano! (Te quiero, hermano).*

Pero también recordó las veces en las que se enojó con el chiquillo por captar mucho la atención de los mayores, y aquellas en las que se aprovechó de su inocencia y santa obediencia para aprovecharse con beneficios, como pedirle que suplicase a mami por un juguete o un paseo especial, o cuando le ordenaba sin vergüenza que le trajera cosas, como si fuese un esclavo. Y claro, también le dio vueltas en el estómago el recuerdo de la vez en que no le cuidó lo suficiente como para permitir que su hermanito cayese de la cama un día en el que jugaban a dar saltos, dándose un fortísimo golpe en la cabeza: *No otra vez, hermanito, no lo volveré a permitir...*

Sí, lo volvería a permitir. Cuando llegó a la puerta de la recámara, se topó con la cruda imagen de su peor miedo hecho realidad. Vio a Rodrigo, pero también la vio a ELLA.

—No... no es verdad —Susurró con el solo movimiento de los labios, mientras se frotaba los ojos, como esperando despertar de un tramposo sueño. La escena era real.

Rodrigo estaba justo en frente de la muñeca, él de pie, y ella, colgada en la pared. El pequeño miraba hacia ella con el mismo rostro de asombro de antes, pero con la piel del rostro amarillada, como por falta de oxígeno, y los ojos temblando. Esto sucedía: La muñeca estiró el brazo izquierdo desde la pared, con una longitud suficiente como para tomar el cuello del pequeño y comenzar a presionarlo, a estrangularlo. Rodrigo sujetaba el brazo de la muñeca con ambas manitas, pero no podía

apartarlo.

No tengas miedo a imaginar, querido lector. Era así como se veía. Una muñeca ahorcando a un pequeño infante. No me preguntes cómo, ni por qué. Tan sólo... participa del horror.

Ricardo, al sentir la salida de las impotentes y furiosas lágrimas, despertó del shock, y estuvo a punto de correr en auxilio de su hermanito, vociferando a la abominable muñeca:

— ¡Déjalo ya, desgraciada!...

Pero, cuando su boca se abría y su pierna derecha se extendía en la primera zancada, la muñeca giró su cabeza hacia él, pero todavía mirando al vacío, como la imbécil que había sido siempre, con su sonrisa falsa y sus idiotas trenzas colgando. Segundo siguiente, Rodrigo, el hermanito, cayó de rodillas, ahora con los ojos completamente blancos, su color de piel de vuelta y la boca entre abierta, como imagen de un último recuerdo para su hermano mayor, el recuerdo de haber permitido la despedida de quien apenas comenzaba a vivir. La cabeza de Rodrigo se había girado ligeramente hacia Ricardo, y ambas miradas, una muerta y una viva, se cruzaron.

¿Qué habría sentido Ricardo al ver a su hermanito, una vez más, caer sin auxilio? La parálisis no se hizo esperar. La euforia de acudir a su rescate voló lejos, y sus súplicas e insultos regresaron a la lengua. La muñeca, todavía mirando en dirección a Ricardo, soltó el cuello de Rodrigo, y su brazo (por favor, no me lo preguntes) comenzó a reducirse, hasta regresar a su longitud normal. El rostro de Rodrigo estaba ya a punto de rebotar en el suelo, cuando Ricardo, dándose media vuelta, vio a la muñeca colocarse en la misma posición de siempre, como escondiendo lo ocurrido. Su cara de imbecilidad... Oh, su cara de imbecilidad: Esto era lo más aterrador.

Ricardo reconoció su derrota: No podía enfrentarse a ELLA. Nuevamente, había perdido con tan solo estar en su presencia.

Viendo lo que podía ser el último destello de vida de su hermanito, la desesperación se lo tragó, y gritó con explosión la palabra de auxilio perfecto, la espada contra el miedo de todo niño, sin dejar de luchar contra sus propios tormentos y correr de vuelta a la sala principal:

(Esto no está pasando) —¡MAAAMIIIIIII! (Carajo, esto no está pasando...).

Capítulo 2

DOS ESTATUAS

—¡Fabio!... ¡Vente ya, que llegó tu abuelo! – Gritó la abuela Josefina, mientras el nieto miraba pensativo la imagen de una mujer, a la derecha del altar principal, en la iglesia del pueblo. —¡Vamos pa' la casa!

...

—Abuelita, ¿quiénes son esas personas grandotas que están a los lados del pre... presbi... prestite...

—Presbiterio —Le corrigió la abuela.

—Eso, presbiterio. ¿Quiénes son? ¿Por qué no se mueven? ¿Por qué son marrones? ¿Son personas de made...? — Terminaba de preguntar Fabio, mientras subía a la camioneta del abuelo para ir a casa.

—¡Ay, mi negro! ¡Sois más preguntón que tu mami cuando era niña! – Interrumpió otra vez la abuela, pero ahora sonriendo, como en un arrebatado de ternura – Escucha: en la iglesia colocan imágenes de algunos santos para que nos acordemos de ellos, les veneremos y sigamos su ejemplo. No son personas, no están vivas, y sí, éstas que están en la parroquia son de madera, pero hay otras de bronce, mármol, etc. Las imágenes pueden ser también pinturas, pero estas grandotas que viste y que parecen personas se llaman estatuas.

—Esta... estua... ¿estuatuas? –Intentó repetir Fabio.

—No, se dice estAAAtuas. A ver, repite... —ordenó la abuela al confundido niño.

—EstAAAtuaSSSS... —Vocalizó Fabio, propio de un niño de cinco años que aprende nuevas palabras.

Ya varias veces, la abuela se había llevado consigo a Fabio para participar en la misa del domingo. Hasta el momento anteriormente narrado, el nieto tan solo se había percatado del hombre que movía las manos detrás del altar y leía un libro grandote, vestido con lo que a él le parecían "sábanas de colores", a veces verdes, otras moradas, algunas blancas y, de vez en cuando, rojas. Pero este día, la señora Josefina se quedó algunos momentos hablando con una amiga de la comunidad, y Fabio aprovechó la oportunidad para escaparse y así poder ver más de cerca el órgano ("esa cosa rara que hace música bonita durante la misa", según pensaba el chico). Cuando llegó a él, se percató de lo que había por encima de ellos, muy, muy cerca: una mujer grandísima, color marrón en su totalidad, con vestidos colgantes, mirada baja, casi hacia el mismo lugar en el que se encontraba Fabio; unas manos hermosas y un rosario que le colgaba entre ellas, notablemente más grueso que el de la abuela. El niño levantó el brazo y movió la palma de su mano de un lado a otro, en un torpe intento saludarla. Ella no se movió para nada, ni siquiera

parpadeó, y fue por ello que Fabio no pudo dejar de observarla, preguntándose cómo era posible que estuviese tan estática. Una escena muy tierna: por la mente del niño no pasaba la idea de que ella no fuese una mujer de verdad...

—Entonces abuelita... ¿esa mujer grandota... perdón, la estatua, a qué santa nos recuerda? ¿Cómo se llama? ¿Quién es? —Preguntó, luego de la explicación sobre las estatuas. Estaban ya acercándose a la casa de los abuelos.

— Ella es la Virgen María, la madre de Dios, de Jesús, el que está en la cruz al final de la capilla. Te has dado cuenta, ¿verdad?

—Ehm... sí, sí — Respondió, dudando de la veracidad de su propia respuesta.

—Hay una imagen de ella en todas las iglesias, para que recordemos que es también nuestra mamá, que nos quiere mucho, que debemos rezarle y pedirle por el mundo, y para que las personas, los hijos de Dios, seamos santos. —Explicó la abuelita, como en un corto éxtasis de fervor.

Fabio no entendió ni pío. Solo permanecieron en su memoria las palabras: «es nuestra mamá».

Cuando el chico hizo una pequeña reverencia antes de salir de la iglesia, unos quince minutos antes, se fijó que del otro lado había otra persona, igual de grande, marrón y con con vestidos largos, pero esta vez reconoció que era un hombre. Entendiendo la explicación de las estatuas, o sea, que no son personas, prosiguió con otra pregunta antes de bajarse de la camioneta, ya entrados al garaje de la casa.

—Y... ¿quién era el hombre, del otro lado del altar?

—Su nombre es San Martín. Él era una persona que vivía consagrada a Dios, sirviendo a los pobres, y trabajaba por la santidad de los demás. Es el patrón de nuestra parroquia, y por eso tenemos una imagen de él, para recordar que nos protege desde el cielo —Explicó la abuela con emoción, dando a entender su gran devoción por el santo.

Una vez más, Fabio no entendió ni la mitad, pero recordó la última parte: «Nos protege desde el cielo» ...

Ya dentro de la casa, los abuelos compartieron con su nieto una clásica tarde de domingo: contar y escuchar historias de cuando la mamá de Fabio y sus tíos eran niños, comer galletas y leche frente al televisor, dormir una buena siesta encima de la panza del nono, y seguir escuchando los interminables cuentos de la abuela. Sin embargo, algo había sido diferente esa tarde: el recuerdo constante de estas personas gigantescas, o bueno, estatuas, arrebatava sus pensamientos durante entrecortados minutos. Quizá, solo era asombro ante el descubrimiento de algo nuevo; quizá, por el impacto de un primer contacto con el arte religioso; quizá, por el misterio que se oculta detrás de todas las cosas que le explicó su abuela, y que todavía no pueden plantarse en una mente

de cinco años. O quizá, tan solo quizá, porque las estatuas despertaron en Fabio un poco de, digamos, miedo...

Fabio estudiaba en una escuela que se encontraba a pocos metros de la parroquia. La maestra, aproximadamente cada 15 días, llevaba a los niños de segundo de kínder al templo. El más chico de ellos tendría recién cumplidos los cinco años, y el mayor, poco menos de cinco. Ella les indicaba cómo hacer un "trecito", tomándose los hombros uno detrás del otro en fila india, y la maestra al frente, agarrada de la mano con el más bajito de estatura.

Ese día, Fabio ya tenía en mente la explicación que le había dado la abuela acerca de las estatuas que se encontraban dentro de la capilla. Casi por inercia, apenas entrar por el umbral del templo, buscó a ambos guardianes de madera con su avispada mirada. Ahí estaban las imágenes de su madre y del protector desde el cielo a ambos lados de aquel que se encontraba en el centro: un doloroso Cristo elevado en una imponente cruz.

Algunos minutos después, los niños estaban sentados en las bancas del lado izquierdo de la iglesia, con la vista hacia el coro, a la imagen de la Virgen, y hacia la maestra, que les daba una sintética lección de catequesis. En el centro del templo, justo debajo de la imagen del crucificado, había un pequeño cuadrado de plata, una caja que brillaba de modo especial cuando se entrometían los rayos del sol. Fabio había visto varias veces que el presbítero introducía y sacaba la mano de aquella cajita durante la parte final de la celebración eucarística, pero no alcanzaba a ver qué (o a quién) tomaba entre sus dedos. Solo observaba con curiosidad que la gente se acercaba al cura hacía una mueca para sacar la lengua mientras él colocaba algo (o a alguien) dentro de la boca de los fieles...

De frente a la maestra, con un ojo desviado hacia el sagrario (la cajita plateada), Fabio recordó sus especulaciones sobre lo que podría haber dentro. Estuvo a punto de levantar la mano para preguntar sobre ello a la maestra, pero...

—¡Psss!... ¡Fabio!... —Susurró Emmanuel, un compañerito de clases que estaba en el puesto justo detrás suyo. —¡Ey... te quiero decir algo!...

—¿Qué queréis? —Arengó Fabio, mientras desaparecía su rostro de incertidumbre y se le entre fruncía el ceño.

—Mira a esa señorona de madera... Es muy grande, ¿verdad?

—Es una estua... esta... ¡estatua! —Respondió Fabio, con sabiduría infantil.

—Estua... Est... Bueno, esa. ¿Qué te parece? —Preguntó Emmanuel. Ambos se encontraban susurrando, uno con la cabeza hacia atrás para escuchar, y el otro con el tronco hacia adelante para hablar cómodamente al oído del otro. La escena parecía representar a dos niños aprovechando la oportunidad para copiarse en un examen en el momento en que el profesor salía para usar el baño.

—Que es un poco fea... y marrón. Pero mi abuela dice que es nuestra

mamá del cielo, y que nos cuida, nos quiere mucho y...

—A mí me da miedo —Interrumpió Emmanuel. —¿Te imagináis que empiece a caminar de repente?

—No, no puede pasar, porque mi abuela dice que las estua... estatuas no están vivas, que son imágenes que nos recuerdan a un santo o a...

—¿Y si nos persigue? —Cortó y preguntó ahora entre risitas.

Los ojos de Fabio regresaron a formar una mirada infinita, y sus facciones tomaron una neutralidad poco común en los niños. Despertó, y miró otra vez a Emmanuel, que lo había estado observando con jocosa curiosidad.

—Eso sería... muy divertido —Dijo, al fin.

Emmanuel le sonrió y le dio un zape en la nuca, para luego regresar a su puesto, pasando desapercibido ante la maestra. Luego de un minuto comenzó a repartir pellizcos a los demás niños.

«Eso sería divertido» ... Fabio lo dijo solo para parecer chévere, para mostrarse valiente ante Emmanuel, que iniciaba su carrera como abusadorcito del grupo. Pero en realidad, cuando Fabio escuchó la pregunta «¿y si nos persigue?», los pelillos de los brazos se le colocaron de punta, como cuando sentía la brisa en su desnudo cuerpo al salir de la ducha. El solo pensar en eso le hacía sentir incómodo, con poca seguridad, con la certeza por los suelos. Apoyó su espalda a la banca, y miró en dirección a la estatua, en tanto la maestra contestaba las disquisiciones de los niños. Ahí estaba la imagen de la Virgen, con los brazos abiertos en señal de recibimiento, una cinta en su cintura con un toque de marrón que resaltaba mucho del resto, a tal punto de que no era muy difícil imaginarlo de un color verdoso; el manto se veía un poco más claro, por lo que bien podría haber sido blanco, con grandes pliegues que descendían hasta sus pies; el rostro, simplemente apacible, no inspiraba ningún temor, sino un extraño deseo de contemplación... Entonces, ¿por qué tanto miedo de repente? ¿Por qué no podía ver a la estatua como «un recuerdo de su mami del cielo»? Según su razón, ya sabía que una estatua no podría caminar, ni perseguirlo, pero...

Fabio regresó a casa en el transporte escolar, plagado de chiquillos mocosos y semi civilizados. A pesar de lo divertido que solía ser terminar una mañana de escuela, el pequeño no abandonaba su actitud absorta, pensativa, preocupada. Pasó la tarde muy callado, viendo algunas caricaturas en la televisión, chocando sus carritos Hot wheels, dibujando "arte abstracto" y dejando las tareas para el final del día, como siempre. Tenía un pequeño hermanito de poco menos de un año, con el cual todavía no podía jugar, por lo que no era novedoso para los padres ver al mayor de los hermanos estar encerrado en su mundillo.

Era ya hora de dormir, de finalizar el día en la cama, con algún pijama de animalitos, quizá un peluche o una figura de acción entre las manos, el beso de materno de las buenas noches y, por último, la oscuridad...

En la ausencia de luz, lo único que Fabio podía ver era el interior de

sus pensamientos, y lo único a escuchar, eran los tiernos suspiros del bebé, que dormía en una cuna a unos pocos pasos de distancia. La inquietud no se hizo esperar, y los pensamientos que había tenido durante la tarde se intensificaron: llegaban como susurros gritados a sus oídos, provenientes de la inmensidad de su imaginación. Fabio apretó su juguete, dio media vuelta, y combatió contra aquellas imágenes hasta quedarse dormido. Mañana me voy a olvidar de estas bobadas, repetía, como escudo ante el miedo.

Ya en horas de la madrugada, Fabio despertó tras escuchar... bueno, al no escuchar más la respiración de su hermanito. Estaba muy acostumbrado a dormir con ese pequeño ruido. Giró de su postura lateral para mirar nuevamente hacia el techo, pero bajo su cuerpo ya no sentía la comodidad de su cama, ni bajo su cabeza la suavidad de alguna de sus almohadas: estaba echado sobre una superficie de concreto fría, áspera y oscura. Muy, muy oscura...

Se levantó de golpe e intentó observar con atención a su alrededor: lo único que "encontró" fueron tinieblas y un olor a polvo, a encierro.

—¡Mami!... ¡Papi!... —Gritó. A cada palabra respondió un triplicado eco. Estaba solo.

Lo normal era que el miedo llegase y tomase control del momento, pero el niño aguantó un poco más. Se armó de valor, y dio los primeros pasos en ese desconocido espacio. Sentía que flotaba en inertes sombras, hasta que su espinilla se golpeó con algo duro. El sonido fue como el crujido de la madera. Fabio tocó a ciegas, notando que tenía partes lisas horizontales y verticales; también que, a la altura de sus pies, había como una larga plataforma acolchonada. No tardó mucho en notar que habían más de estos objetos colocados en fila, todos a un metro de separación. Con sus manitas estiradas a ambos lados, fue siguiendo el camino al que le dirigían, hasta que se encontró nuevamente en el vacío. Pensó en girar a la derecha, o seguir caminando al frente, pero escuchó un entrecortado ruido a su izquierda, como si dos tablas estuviesen rozando entre sí. Caminó hacia allí, con la esperanza de encontrar alguna luz, de saber dónde estaba, de encontrar a alguien... quien sea...

Cuando su rostro estaba a punto de estrellarse contra una lisa piedra de mármol, se encendió una débil y dorada luz que descendía frente a los ojos de Fabio, tan solo iluminando lo que, o a quién, estaba frente a él...

Sobre un cuadrado pilar, el niño reconoció unas sandalias y unos deditos que salían de ellas, largos pliegues de una túnica y un enorme rosario sostenido por dos pulcras manos. A una distancia de dos pasos, con la cabeza levantada y la boca abierta, Fabio reconoció a aquella estatua de la Virgen María.

Por sus inocentes pensamientos pasaron con lentitud las palabras que le había dicho la abuela: «Es nuestra madre, nos cuida y nos quiere». Hizo el esfuerzo, lo intentó con la casi infinita energía de un niño valiente, y casi logró confiar en estas palabras, llegando a la convicción de que no le sucedería nada malo. Así que, luego de vencer sus cavilaciones, dio un

paso hacia delante para...

—¡Ven conmigo, hijo! —Pronunció la estatua, como en un efecto a multi voces.

Las palabras consoladoras de la abuela se esfumaron con la espontaneidad con la que llegaron. La estatua movió sus manos en actitud de acogida y dio un paso adelante, con el cual saltaría al suelo desde la plataforma en la que estaba erigida.

(«... ¿Y si nos persigue?»)

Ahora sí... La valentía infantil ya había durado lo suficiente, pero ahora, tocaba darle lugar al miedo, al terror, al instinto de supervivencia: Fabio echó a correr. Esta vez, al darse la vuelta, pudo ver un poco a su alrededor y reconocer el lugar en el que se encontraba, gracias a la tenue luz que permanecía adherida a la estatua... La iglesia... —Pensó Fabio, mientras se alejaba de la imagen en alborotada corrida. Los objetos con los que se había golpeado eran las bancas para los fieles, con partes lisas de madera y reclinatorios por debajo. El niño se percató de que había pasado por todo el centro de la capilla, en medio de ese pasillo de asientos que lleva al presbiterio, por lo que su primera reacción fue regresar por el mismo camino, hacia la puerta principal del templo.

Una vez llegado al final del pasillo, volteó la cabeza para ubicar a la Virgen, y...

—¡Sorpresa, querido! ¡Ya deja de correr, que puedes hacerte daño!
—Balbuceó la estatua, ya muy cerca de él. Había estado acercándose con pasos lentos, pero a zancadas bastante largas, lo suficiente como para seguirle el ritmo al torpe correr de Fabio.

Luego de tragarse el corazón que estuvo a punto de salirle por la boca, el pequeño se lanzó sobre las manijas de la puerta percatándose, tras varios forcejeos, de lo que debió intuir desde el inicio: estaban cerradas con vario candados.

Como un corto pero acertado rayo, Fabio recordó una salida que podría ser su última esperanza: poco antes de llegar a la sacristía, al lado izquierdo del presbiterio, había una puerta que conectaba con los jardines traseros de su escuela; esta siempre estaba abierta, pues todas las veces que la había visto cuando necesitaba pasar al baño, que estaba al lado, carecía de cerradura y tenía los pasadores de seguro completamente rotos y viejos. Solo colocaban algunas cajas para obstruir el paso, o para simular peso del lado interno de la iglesia y así aparentar que estaba cerrada. Aun así, antes de intentar la espectacular maniobra de escape, debía volver sobre sus pasos y toparse cara a cara con el Horror.

Las piernas le temblaban por la inseguridad y desconfianza. Nunca se había encontrado en una situación tan comprometida, absolutamente dependiente de sus propias acciones para salir de ella, y sin poder contactar de ningún modo con sus padres o con alguien que le socorriese.

Estaba solo... Bueno, también estaba ella, y ahora a una distancia demencial.

—No quiero hacerte daño, Fabio. Escúchame peque...

—¡DÉJAME! —Respondió el niño a la estatua, mientras corría hacia ella a toda velocidad.

Ella abrió sus brazos, más como para abrazarlo que por intentar atraparlo, pero Fabio se deslizó justo a tiempo entre sus largas piernas, aprovechando el impulso de su corrida, y se levantó de golpe para continuarla hacia la sacristía.

Por fin, luego de una fatídica carrera de extremo a extremo de la iglesia, Fabio llegó a la única posible puerta de escape, y comprobó que estaba abierta, pero sí, tapada con varias cajas, no tan pesadas. Eran un total de cuatro, dos encima de otras dos, que, sin duda, serían difíciles de mover para un niño tan pequeño. Primero intentó empujarlas todas de golpe: grave error. Al percatarse de su incapacidad, casi por inercia y a causa de los tremendos latidos cardíacos, giró para ver en dónde se encontraba la estatua... Ahí venía, más o menos a mitad de camino, todavía, dando pasos largos y sigilosos, un poco extraño para semejante gigantez. El niño lo sabía: no le quedaba mucho tiempo, así que empujó primero hacia los lados contrarios las cajas superiores con todas las fuerzas de las que fue capaz, sumándole la adrenalina del momento... y lo logró. Ya solo debía mover las de abajo, pero sentía los brazos dormidos, gracias al esfuerzo anterior. Pensó rápido, y los pies se convirtieron en las nuevas palancas a usar. A cada patada lograba mover un poco cada caja. Mientras lo hacía, miraba de vez en cuando hacia atrás: el acercamiento de la figura de madera le aceleraba cada vez más sus respiraciones. Casi colapsa al recordar que justo detrás de él se encontraba la imagen de San Martín. Lo buscó un segundo con la mirada, y lo encontró, o bueno, se dejó encontrar... La estatua masculina también le observaba y hacía ademán de descender. Exclamó a Fabio:

—¡No escapes, pequeño! Solo queremos...

Se escuchó un portazo contra la pared... Fabio había logrado abrir la puerta, y estaba a nada de salir de una vez por todas de aquella sombría persecución.

Una sonrisa épica se dibujó al instante en su rostro al ver la luz de la luna y de las estrellas que asomaban fuera del templo. Una vez AFUERA, nadie podría detenerlo...

En pleno brinco hacia la superficie externa, dejando por detrás unos cuantos escaloncitos, una mano gigante le tomó por la camiseta, y otra lo aseguró tomándole del bracito izquierdo.

Capturado...

La sonrisa de Fabio se borró con lentitud, comprendiendo su fracaso y perdición. Aquellas lágrimas que se formaban interiormente por la alegría, salieron como respuesta impotente, triste, maldita. Boca abierta, mirada perdida hacia el cielo y ojos sin color caracterizaban el rostro de un

pequeño niño que flotaba nuevamente al interior de aquella iglesia y era apretujado por una enorme estatua materna, y otra igual de grande que le observaba con ternura.

La puerta se cerró.

La oscuridad dominó.

Y un niño bañado en sudor, acostado en una cama mojada (por eso que estás pensando), de una terrible pesadilla...

Despertó...

En la habitación de aquellos hermanitos podía verse a un bebé sonriendo boca arriba en su cuna mientras seguramente soñaba con el amor de su mami, y a otro de cinco años sentado en una camita, con mirada agónica hacia el infinito, un juguete asfixiado entre sus manos y humedad corriendo por TODO su cuerpo: un niño que acababa de despertar de la pesadilla de su vida... Pensó: *Me gustaría ver cómo le haces para hacerme entrar en esa iglesia otra vez, abuelita...*

Capítulo 3

TRES ESPEJOS

Aquel ruido era la fusión de elementos que todos conocemos al golpear un vidrio o un espejo: De haberlo escuchado, y especialmente en esa condenada habitación, no tardaría en llegar a tu imaginación, por cortesía de los recuerdos, la imagen de un bebé de un año y medio de pie frente a un espejo, observando su manita adhiriéndose a éste, como intentando tocar su reflejo: tocar a "ese otro bebé que se parece a él". De haber escuchado aquel ruido, habrías podido entrar en la memoria de tu madre o de tu padre y te verías a ti mismo de pequeño manoteando repetidas veces ese mismo espejo, como aquellos idiotas pajarillos que revientan su cuello al no percatarse de que lo transparente también puede ser sólido... Una delicada mano, una pared cristalina, unos golpecitos crónicos. Ya solo necesitarías escuchar...

... Mpack... Mpack... Mpack...

* * *

Dentro de lo que era un verano bochornoso y no tan vacacional, una pequeña familia de clase media llegaba en dos camiones de mudanza a una nueva casa que sería partícipe de un importante capítulo de sus vidas; una pareja de esposos, una adolescente de preparatoria y un travieso niño formarían también parte de una larga y desconocida historia que esta casa tenía y seguiría teniendo, hasta que el hombre decidiera destruir con un botón lo antes construido con sudor.

Mamá y papá eran un matrimonio (los Gómez) bastante joven, iniciado cuando ambos resplandecían en la divinidad de la juventud y que hasta el momento narrado habían perdurado más de quince años, burlándose bastante del imperio cultural del "usar y tirar". Ambos estaban dedicados al trabajo profesional: uno como empresario petrolero y la otra en labor de periodista, dentro de una de esas emisoras de radio que mentalizaban la proximidad de su quiebra gracias al constante progreso de las redes sociales y noticieros cibernéticos.

Fernando y Alejandra, por el momento los únicos hijos de la pareja, tenían nueve y dieciséis años, respectivamente. El chico sufría (o gozaba) un poco de la llamada hiperactividad, o simplemente, deseo alocado por aprovechar el tiempo: Al momento de instalar todas las cosas en el nuevo hogar, Fernando terminó de arreglar su cuarto en una sola mañana, mientras que su hermana adolescente logró concluir un poco antes de la cena. Durante el tiempo libre que le sobró (todo el resto de la tarde), ayudó a su madre en la metódica organización de todos los corotos de la cocina y a papá, bajando unos cuantos muebles para la sala de estar.

Fernando no era un chico flacuchento, pero tampoco pasado de kilos, por lo que se le daban muy bien los deportes, pero eso sí: todo lo que fuese artístico y requiriese un trabajo lento y constante lo mandaba, sin pensarlo, por el excusado; le gustaba peinar su cabello negro con una cresta de tiburón, usando un cuarto de envase de gel al día, o bueno, al menos esa era la impresión que daba; al verle de perfil, saltaba a la vista una pequeña bolita que crecía en el hueso de su nariz, como premio que sacó de su padre en la lotería genética; su estatura, digamos, iba por buen camino, pues ya casi alcanzaba la medida de su madre y de Alejandra, si bien estas no eran muy envidiables en este campo.

Alejandra, o Aleja, como solían decirle todos a excepción de sus padres, era bastante diferente de Fernando, o al menos físicamente hablando: se llevó casi todos los premios buenos en la recolección de genes maternos y paternos... Casi. Ella sí era muy delgada, con cabello todavía esclarecido en tonalidades castañas y unos ojos entre la claridad y oscuridad del más puro color marrón. Si uno intenta sumirse en alguno de sus recuerdos juveniles, más o menos entre la secundaria y la preparatoria, sin dudas recordará cómo sus compañeros de clase, y también él mismo, experimentaban continuos cambios en su cuerpo: las chicas notaban un engrosamiento en las voces de sus amigos, y los chicos percataban que sus amigas... Bueno, percataban que ya habían dejado de ser niñas.

Esta común familia decidió mudarse a un nuevo hogar por la necesidad de más espacio, pues en pocos meses llegaría un nuevo miembro, una bebé que haría gritar sangre a la Sra. De Gómez por tercera y última vez. La casa tenía tres recámaras pequeñas y una grande, tres baños esparcidos y grandes espacios para convivir juntos, especialmente la cocina-sala. Algunos meses atrás, la familia que vivía allí colocó el lugar en venta, ofreciendo una inmejorable oferta económica.

El motivo por el cual la familia anterior, los Castillo, decidieron cambiar de vivienda no fue nada casual: la hija mayor, Carla, más o menos con la misma edad de Aleja, desapareció sin dejar rastro. El caso fue bastante conocido en aquella población, sobre todo por el largo tiempo en silencio por parte de los investigadores. Después de un año sin pistas, sin respuesta, las esperanzas escaparon. Algunos pensaron que el ex novio de la chica, quien había emigrado a otro país, regresó por un corto período de tiempo para convencerla de ir con él, pero esta teoría fue rotundamente negada por los familiares, quienes conocían muy bien a la joven y la consideraban incapaz de semejante disparate. Prácticamente, con el pasar del tiempo, se le consideró secuestrada y asesinada por algún loco pederasta, como ya no era cosa novedosa durante aquellos años. Así que, para evitar tristezas innecesarias, la familia de la desaparecida decidió comenzar una nueva vida, empezando por abandonar aquella casa todavía con el perfume de su añorada Carla. Se llevaron casi todos los muebles y pertenencias familiares, excepto lo que usaba la muchacha: todo lo que fuese accesorios, ropa, útiles escolares, aparatos tecnológicos,

fue regalado a obras de caridad, pero el armario, la cama y... los espejos de Carla, quedaron allí, en lo que fue su habitación: uno de ellos, pequeño, estaba en el baño, por encima del lavabo; otro, en un gran tocador con tamaño de medio cuerpo y, el último, pegado a una de las puertas del armario, esta vez inmenso, de cuerpo completo. Con tres de ellos en una sola recámara, no era muy difícil deducir que Carla había sido una chica bastante coqueta.

Aleja fue quien eligió esta habitación para sí al quedar completamente seducida con tan solo entrar en ella: tendría mucho espacio personal donde colocar su propia ropa, sus calzados, sus libros, y el resto de cosas de chica que solo ellas saben que tienen. En su casa anterior debía compartir casi todo con Fernando, incluso el baño, pero ya no, nunca más...

Una vez terminó de arreglar su habitación, notó que algo había cambiado en sus gustos, en su modo de decorar: se veía "muy" femenino...

Durante su infancia, ella no se había dejado arrastrar por los protocolos frescos que predicaban sus compañeras de clase para autodenominarse una niña fashion. Para nada. A esta chica siempre le había gustado más jugar con los chicos: en el kínder se ensuciaba la faldita buscando gusanos y matando hormigas, mientras las demás se divertían chocando las palmas; en la primaria se peleaba con los niños si estos no le permitían jugar al fútbol con ellos y, cuando por fin entraba a la cancha, los avergonzaba siendo la más goleadora y haciéndoles "tunelitos" por debajo de las piernas; también durante sus años de secundaria, en lugar de tomar parte en los chismes de las adolescentes, Aleja compartía con esos mismos chicos de siempre, riendo de sus tonterías y participando de aquellos irrelevantes pero divertidos temas de conversación. Pero, ahora que iniciaba la preparatoria, sus instintos y tendencias naturales a la delicadeza, la vanidad y la coquetería, comenzaban a florecer sin previo aviso.

* * *

Si has estado pensando que Aleja, por el hecho de tener gustos poco femeninos y una personalidad tan... agresiva, era una chica fea, mejor ve aceptando que estás muy, pero muy equivocado... Bien, no poseía la típica belleza industrial que califica para los certámenes, pero sí era lo suficientemente bonita como para tener a varios chicos ladrando tras ella y coleccionar unas cuantas miradas de envidia. Claro, Aleja no lo consideraba de este modo, pero el resto del mundo sí. Ese rostro delgado, aquella sonrisa pícaro, su nariz pequeña y largo cuello, bastaban para llamar la atención. Diferente y, por lo tanto, preferida.

* * *

El día posterior a la mudanza Aleja intentó ordenar su recámara de un modo que estuviese más de acuerdo con su personalidad, pero... todavía quedaba con un toque cursi. Supongo que la culpa la tienen ese tocador y el armario... *Yo hubiera preferido uno más negro o marrón, no rosadito* —pensaba.

Ya cumplida una semana en la nueva casa, Aleja despertó una madrugada tras escuchar algunos cortos y ahogados sonidos que se expandían en el eco de su habitación. Los ignoró y volvió a dormirse, pero lo mismo se repitió por dos noches más. Fue en la última cuando pensó que algo estaba golpeando sus paredes, que el intenso de Fernando le estaba jugando una broma, o que alguna asquerosa rata gigante se había quedado atorada entre las tuberías. Decidió avisarle a su padre, quien quedó muy convencido con la teoría del animal, pues la casa había estado inhabitada por varios meses, pero también mencionó la probabilidad de algún defecto en los engranajes de las tuberías (alguna tuerca floja, o algo así), y que por ello lo mejor sería llamar a un plomero.

Pasó otra semana, pero los sonidos no habían cesado. Por el contrario, ya no eran tan solo algunos golpecitos, sino que podían producirse incluso durante media hora. Ahora se percibían más largos, más vacíos, más....

... Mpack... Mpack... Mpack...

Una vez que Aleja notó las ojeras que estos ruidos le habían provocado al no permitirle descansar bien, decidió que la siguiente vez que estos la despertasen se levantaría de la cama e intentaría buscar el lugar exacto del que venían, por más confusos que fueran a causa del eco. Y así lo hizo. Aunque no despertó durante dos noches seguidas, la tercera encendió nuevamente su brecha, y luego de dar varias vueltas por la recámara en actitud de caza, percató que era desde el baño donde se escuchaba con más fuerza y claridad. Entró y colocó su oído cerca de la ducha, el lavabo, y hasta el inodoro, pero no quería acercarse mucho al espejo, ya que últimamente le incomodaba verse en él... percibía que algo estaba cambiando: su mirada de niña parecía cada vez más la de una mujer, las pestañas le habían crecido y los labios se veían nutridos de extra carnosidad. Aunque ella intentase ignorarlo, comenzaba a llegar al culmen de esa belleza femenina que había iniciado a partir de los doce años. Por fin no le quedó más opción, y tuvo que acercarse un perfil de su rostro al espejo, evitando mirarse, y conectar uno de sus oídos en el cristal. *Aquí está el problema...*

Tuvo que haber sentido al menos unas diez vibraciones más antes de que los sonidos desaparecieran. Pensó que aquellos sonidos tenían todo el parecido a un puño frontal que conecta repetidas veces y con cierta fuerza contra una superficie de cristal, y en este caso, un espejo. Sin duda le pareció algo muy extraño, por lo que retiró su rostro en plena especulación y olvidó tener cuidado de no mirarse directamente al espejo,

provocando el inevitable choque de miradas entre ella y su reflejo.

En aquel momento las mejillas de Aleja se tiñeron de rosa, las manos le temblaron un poco y tuvo el impulso de salir corriendo de allí y tirarse como una niña asustada entre las sabanas. No desobedeció sus instintos, y una vez cubierta por las sedosas cobijas, pensó en lo que había visto en el espejo. No le había gustado absolutamente nada lo que en él se reflejó... o tal vez sí... En realidad, no lo sabía, pero aquello le perturbó, la hizo sentir incómoda, le presentó de un modo concreto e inconfundible el secreto inefable su propia realidad como mujer la verdad sobre su madurez: despeinada y todo (o sea, cubierta de lagañas y baba seca), reconoció que se había convertido en una chica hermosa...

Sobre este descubrimiento de los golpes en el espejo, Aleja no dijo nada a su padre. Quizá no tanto por capricho sin sentido o por irresponsabilidad, sino por un estado de supremo despiste y "bobera" en el que se había sumergido a partir de aquella noche. Parecía haber olvidado por completo lo anormal que era haber escuchado golpes tras el espejo de su baño, pues dentro de la mente solo dominaba la imagen de su propio reflejo: diferente, extraño, bonito... Quizá para los chicos, el propio traslado de la niñez a la juventud no es tan radical, pero para ellas (¡oh, para ellas!), vaya que sí lo es: por más lo intentó, Aleja no logró ser la excepción.

Llegó otra noche en la que los ruidos, ahora más fuertes y veloces que nunca, le hicieron levantarse de la cama y revisar el baño. Durante varios días había estado siendo acechada por un desordenado impulso de mirarse al espejo, pero lograba resistirlo. Esta vez, medio somnolienta, su conciencia no pudo detener la sed de coquetería y se dirigió directamente al espejo, más para darse el gusto de examinarse que por corroborar el origen de esos tediosos ruidos. Digamos que la sorpresa que se llevó no tuvo mucho que ver con lo que ella esperaba: Aleja, de frente al espejo, no se estaba reflejando en él... *Pero qué...* —se dijo.

La picardía con la que Aleja estaba a punto de sonreír desapareció, y llegó para instalarse una actitud de pronunciado éxtasis. Se frotó los ojos, pero aun así no logró ver su reflejo. Por un momento pensó que estaba soñando, pero continuó intentando que las leyes naturales fuesen fieles: se movió, hizo muecas, nada... Cuando extendió la palma de su mano y la colocó con suavidad sobre el espejo, como último recurso, hubo una pequeña respuesta por parte del cristal, aunque... *Wow...*

La mano que se reflejaba era semi-blanca, con uñas largas y ennegrecidas quién sabe por qué cosa.

Un indeseable frío corrió por la sangre de Aleja. Retiró la mano, pero (*¡qué sucede!*) aquellos dedos espectrales permanecieron adheridos allí, en el espejo... Aleja se llevó las manos al pecho, levantó las cejas y entre abrió la boca, claros signos de la impresión demencial y del susto misterioso. Notó que estaba sintiendo miedo, lo cual le preocupó aún más que aquella horrible mano y más que la incoherencia de aquel espejo.

Además de parecer una diva —pensaba—, estoy pensando como una...

Decidió con prontitud dejarse de niñerías, calmarse e intentar nuevamente descubrir qué estaba sucediendo, como la chica valiente y amante de las aventuras raras que había sido siempre (en realidad, amante de todo lo que fuese "no-femenino"). Se armó de valor y colocó nuevamente su mano en el mismo lugar, pensando que quizá todo haya sido una mala jugada de su adormilado estado. No se había percatado, pero los ruidos habían desaparecido hacía ya rato. Adhería y despegaba la mano del espejo una y otra vez, sin respuesta: Aquella mano blanquecina seguía burlándose de ella. Pensó durante un momento, tocándose el despeinado cabello con una mano y mordiéndose las uñas con la otra, hasta que se le ocurrió otra idea. Se acercó un poco más al espejo y comenzó a dirigir su rostro hacia él, buscando el mismo efecto anterior conseguido al colocar su mano. La verdad, no tenía mucho sentido, pero fue lo mejor que se le ocurrió: las ideas ingeniosas no eran su fuerte. Poco a poco se percató de que dos pequeños puntos negros estaban reflejándose. Estos parecían ser una vaga imagen de sus ojos, pero oscuros en su plenitud. Incómoda, pensaba en apartarse rápido, cuando...

... Mpack...

La mano y los extraños ojos que parecían estar dentro del espejo desaparecieron; ella reaccionó con un fuerte pero corto gemido y un largo paso hacia atrás. Aleja no quería aceptarlo, pero sus tobillos ya no podían ocultar más su temor. Quiso continuar jugando a la valiente y acercó su rostro una vez más, esta vez concentrada, a la defensiva, "preparada", y el espejo recibió esa actitud como un desafío, por lo que no hizo esperar lo que Aleja se había estado buscando: el clímax del miedo...

Una chica con dos hoyos grandes y negros por ojos, rizos oscurísimos y piel de un pálido exagerado se estrelló de bruces contra el espejo, como si de verdad estuviera del otro lado, como si aquel cristal fuese en realidad una ventana... Observó con rabia a la aterrorizada Alejandra y sonrió ante su grito de pavor, un grito que no pudo acumularse más, una vociferación portadora del más puro y nauseabundo horror.

Aleja caía de trasero hacia las celestes baldosas del baño sin despegar en ningún momento su mirada de aquel monstruo humanizado. Para cuando debía tocar el suelo, no sintió el impacto del piso, sino la atajada que le proporcionó su cama, despertando de un sueño que la dejó sentada y en parálisis durante varios segundos antes de poder soltar una contenida exhalación de angustia y llevarse las manos a la cara en una tierna expresión de agradecimiento y desahogo simultáneos. Dos brillantes lágrimas se habían formado en sus castaños y vibrantes ojos... aunque no quería llorar, no pudo evitar el desliz que estas siguieron, bajando por sus mejillas hasta la barbilla, donde ambas se reencontrarían y se harían una sola, recolectando así el peso necesario para desprenderse y caer libremente sobre los pantalones de pijama.

Una vez recordado (y al mismo tiempo olvidado) lo sucedido en aquella pesadilla, llegó la calma. Pocos minutos después, ya con la cabeza sobre la almohada y las sábanas cubriéndola, se le escaparon algunas

risitas forzadas, mientras pensaba que aquel sueño podía ser una señal de que esa estúpida vanidad de la que se estaba alimentando a causa de su repentina y nueva belleza podría llevarla a la perdición si no se cuidaba, una perdición representada, sabrá Dios por qué, con la imagen de esa extraña y fantasmal chica que se le apareció en el espejo. Se dio media vuelta e hizo un dobléz con sus piernas, tal como siempre se colocaba cuando ya estaba lista para quedarse dormida. Ya con los ojos cerrados y a la espera de la visita de Hipnos o de Morpheo, pensó que aquella figura que se le reflejó no era muy diferente a sus compañeras fresas de la escuela, que así se verían a los veinte años después de estar usando un kilo de maquillaje diario desde que tenían apenas diez años. A punto de entrar en el tranquilo y hermoso país de los sueños...

... Mpack... Mpack... Mpack...

No pudo dormir más.

A la mañana siguiente, ya con más calma, se convenció de que nada tenían que ver esos golpes en las paredes con la pesadilla del espejo. Quizá solo se trataba de una trampa por parte de su subconsciente, de una regurgitación vomitada por los recuerdos de tantas películas de terror vistas junto a sus amigos... Una vez que llegó a la mesa para desayunar, su padre le dijo que un plomero llegaría dentro de poco para buscar una solución al problema de los ruidos. Aleja le comentó la posibilidad de que estos pudiesen provenir del baño, pues los había escuchado más cercanos allí, pero, cuando se preparaba para contarle su aventura nocturna, guardó las palabras, las cerró con candado y aventó la llave al vacío... Consideró que esa experiencia era muy personal (y genial) como para arruinarla convirtiéndola en chisme familiar: *—¡Vamos!, hasta la abuela terminaría enterándose.*

El plomero, luego de examinar el lugar y apretar todas las tuercas de las tuberías, dijo haber encontrado, efectivamente, algunos ratoncillos muertos entre los conductos que pasaban por los muros, pero que había una "ratotota" merodeando todavía por allí, así que la capturó para llevarle un buen postre a su querido perro bulldog. Ahora, que si le preguntaban cómo demonios se habían metido esos animales por ranuras tan pequeñas, la verdad es que le daba flojera especular sobre casos imposibles. Era algo muy raro, pero bueno, ya todo estaría mejor, decía.

La desaparición del carnosos roedor coincidió perfectamente con el cesar de los ruidos nocturnos. Esto trajo una gran paz a los pensamientos de Aleja, convenciéndola CASI por completo de que no había nada extraordinario acechándola, si bien le hubiese gustado mentirse a sí misma diciendo que le habría encantado experimentar más esas cuestiones sin explicación. La oportunidad de recuperar su "verdadero" temperamento tendría que esperar.

(... «No hay una muerta dentro del espejo» ...)

Durante lo que restó del verano los ruidos no regresaron. Todo bien, hasta que, en concordancia con su primer día de clases en la preparatoria, despertó esa misma madrugada sintiendo que alguien tocaba a su puerta. *Quizás he soñado que el copetudo de Fernando venía a fastidiarme como siempre* —Se dijo, ya en la mañana.

Pero no fue así. Con el paso de los días comprobó que los ruidos habían regresado, día tras día con mayor intensidad, mayor efecto en el eco, mayor profundidad... Intentó convencerse de que, como la vez anterior, una rata había logrado meterse entre los muros. Solo que, esta vez, esa maldita nacida de la retaguardia del diablo no se había quedado atascada cerca del baño, sino del tocador, donde estaba el espejo de medio cuerpo. Pero... *¿Qué pamplinas tienen esas desgraciadas con los espejos?* —Se preguntaba, entre risas.

Una mañana, recién había salido de la ducha, envolvió su cuerpo con una toalla larga, al estilo tortilla mexicana, y caminó hacia el tocador para secar y peinar su cabello (esa mañosa costumbre de peinar primero su cabello antes de vestirse). Al tomar el peine y deslizarlo de arriba abajo sobre cada mechón, notó que su cabello había perdido prácticamente lo que le quedaba de claridad: ahora se veía como un negro casi puro, suave y brillante, pero el contraste de la luz todavía revelaba su origen castaño. Permaneció admirando su cabello con una expresión tonta, con una sonrisa de sorpresa y con cierta incredulidad en su rostro debido a una nueva aptitud develada por su cuerpo. Se sentía algo orgullosa de que su cabello se viese más bonito, o al menos diferente y, todavía con mirada satisfecha, levantó la vista hacia el espejo...

Los ojos de Aleja estuvieron a punto de suicidarse, queriendo salir de las órbitas y saltando por el acantilado del rostro hacia los pies, aquel lejano fondo que daría final a tan impresionantes visiones, cada una peor que la anterior: donde debía estar el reflejo de Aleja, podía ver a una chica con el mismo tono de piel blanco, pero con ojos verdosos, nariz delicada, mejillas delgadas y labios enrojecidos. A decir verdad, se parecía mucho a Alejandra... tanto, que se preguntó si no sería otra sorpresa de sus sentidos ante los cambios por los que su cuerpo estaba pasando. Pero no... la chica del espejo no era Aleja. Aquella mirada era mucho más seductora, además de la abismal diferencia en el color de los ojos y, también con una toalla envuelta y un peine en la mano, el cabello de aquella no parecía liso, como el de Alejandra, sino ondulado: varios rizos que aparentaban ser hechos de modo artificial y de un color negro puro, luminoso y... hermoso. Aquella chica la observaba, no con el mismo asombro de Aleja, sino con dominio, parecida a la mirada que lanza una joven coqueta a su enamorado pretendiente.

Sonrió.

Como un efecto *sfumato*, el reflejo de Aleja fue regresando a su forma... natural. Ya solo podía verse a sí misma sorprendida, idiotizada, asustada... Dejó caer el peine y llevó sus manos a la cara, como en la pesadilla del baño, en signo de desesperada confusión. Buscó una de las esquinas de su cama, se sentó y suspiró mientras temblaba. Todavía

quedaban algunas gotas de agua que se deslizaban sobre su cuerpo.

Una vez tranquila, con las ideas corriendo tras aquella parálisis, buscó respuestas o justificaciones racionales: la chica que acababa de ver en su reflejo se parecía un poco, pero mucho más bella, a aquella versión espectral que vio en el espejo del baño, dentro de esa fea pesadilla de hacía varias semanas; quizá arrastraba algo de miedo que permanecía en lo más recóndito de su mente, y este salió sin aviso, mezclándose con una hipotética ilusión o espejismo provocado por el cansancio de las mañanas (ella solía despertarse "por completo" luego del desayuno); o, como opción más descabellada, aceptar que algo, o alguien, la estaba acosando... claramente, algo o alguien de orden sobrenatural. Sin embargo, en reacción a este incómodo pensamiento, se dijo: *Son tonterías mías* —quería utilizar la palabra «pendejadas», pero recordó que no era bueno repetir las palabrotas que le enseñaban sus amigos —*todo está dentro de mis estúpidos pensamientos, menos los ruidos que hacen esos condenados roedores enviados por Satanás...*

Aproximadamente un mes pasó desde aquel incómodo suceso. Alejandra estaba ya instalada en este nuevo ambiente de preparatoria, se empeñaba en los estudios y, lo mejor de todo (o peor, según ella se decía) era que su evolutiva belleza seguía en ascenso, ahora notoriamente percatada por los mismos amigos con los que ella había crecido, con los que tanto había compartido hasta el momento. Sentía que ellos la miraban de un modo diferente, como atontados, además de un frecuente nerviosismo cuando ella se colocaba muy cerca de alguno, aun peor cuando les daba una palmadita o rozaban al caminar juntos. Al inicio, Alejandra intentaba decirse que esta nueva relación con sus amigos le incomodaba, pero el cambiante color de sus mejillas y las incontrollables sonrisas que se le dibujaban ante las curiosas reacciones de ellos la delataban: en realidad le gustaba ser apreciada de ese modo, ser el centro de atención sin ella buscarlo... aunque la idea de abandonar su personalidad y convertirse en una delicada flor continuaba remordiéndole. Con respecto a los ruidos y a las extrañas visiones, éstas no volvieron a atormentarla desde aquel encuentro con "lo más recóndito de su imaginación", según ella pensaba. Nunca comentó a nadie sobre la «chica fantasma» que se le había "manifestado" un par de veces, por la simple razón de no considerarlo como algo que haya sucedido en realidad (y también por el miedo de ser tomada como loca, claro está): sus padres la hubieran creído deseosa de atraer atención (pues eso suelen hacer los adolescentes de su edad), y sus amigos ya no la verían como la chica bonita y popular en la que se estaba convirtiendo... *iQue ya dejes de aspirar estas pende... estas idioteces!* —Pensaba con frecuencia.

Los meses pasaron y se desvanecieron... La sombra de los ruidos y de "los acosos" se quedaron como eso, sombras. Alejandra estuvo muchas veces a punto de olvidar la inquietud que le causaba pensar en aquellos sonidos perturbadores, de quedar completamente convencida de que nunca fue más que un problema de RECONTRAMALDITAS ratas,

engendros de Lucifer... Pero, siempre que cerraba los ojos antes de dormirse, sentía pequeñas resonancias en su imaginación, una silueta sonora de aquellos ruidos. El solo pensar que podrían regresar le aterraba, penetraba su "fuerte" corazón de niña valiente. El único consuelo que tenía, si bien ya se había acostumbrado a mentirse negándolo, era que no paraba, poco a poco, de hacerse más bonita. Una persona que hubiese pasado el último año sin verla, no la habría reconocido al primer contacto visual...

A pocos días de culminar su primer año de preparatoria, y de celebrar con su familia el primer aniversario de vivir juntos en aquella casa, decidió desempolvar y revisar aquellos rincones de su habitación que no se había molestado en checar (al menos en esto de ser descuidada seguía pareciéndose mucho a sus amigos chicos). Concretamente pensaba en el cajón superior del armario, ese que tenía el casi inútil espejo de cuerpo completo, pues no es que ella fuese muy amante de los vestidos. Por su baja estatura, no alcanzaba a abrir aquella gaveta que se encontraba en la parte más alta del armario, ni aun colocándose de puntillas: la pereza adolescente también había sido un factor que evitaba la idea de subirse en una silla o alguna otra cosa que sirviese de escalón para poder investigar. Una vez lo abrió (y vaya que necesitó mentalizarse para realizar el semejante esfuerzo de subirse) encontró una cajita de cartón con algunos papeles y cuadernos dentro. Casi todo hacía parte de los apuntes escolares, según las firmas, de Carla, la chica que había desaparecido hacía ya casi dos años, exceptuando un pequeño librito que tenía toda la pinta de ser un diario, empezando por un pequeño candado que lo mantenía cerrado y los colores femeninos ad nauseam. Casi de inmediato relacionó el diario con el llavero de su recámara, que tenía una llave para la puerta principal, una para el baño, y otra para...

Aleja saltó de la silla en la que se había subido, eufórica, y fue a por aquella llave que parecía no tener ninguna utilidad. Cruzó los dedos, introdujo la llave, le dio media vuelta, y permaneció un momento con la boca abierta al comprobar que el diario se había abierto... Vio la primera página, que dibujaba con letras rosadas y escarchadas: «Diario de Carla Castillo».

—Lo leo, no lo leo... Lo leo, no lo leo... Lo leo, no lo...

15 de enero del 2016

» Querido diario... —Aleja se leía a sí misma en voz alta, falseando sus palabras para hacerlas sonar "fresa"— Hoy he vuelto a escuchar esos ruidos raros que parecen pisadas. Papá me dijo que es por culpa de la vieja madera del tocador, del armario y del suelo, que mientras más se pudre, más sonidos extraños puede producir de vez en cuando, como si se estuviese resquebrajando. Me puso el ejemplo de las bancas que están en las iglesias: aunque nadie esté sentado sobre ellas, suelen emitir "solitas" algunos ruidos más o menos fuertes por el eco que hay dentro de esos templos. Lo mismo, la madrea también se va dañando con

el tiempo y, como en mi cuarto hay mucho de ese eco, esos golpecitos en la madera se escuchan todavía más fuertes. La verdad, me sigue dando miedo, diariecito. Es incómodo que te interrumpen tan feo en tu silencio...

3 de marzo...

» ¡Cómo me gustaría que tuvieras la capacidad de verme, queridísimo diario! ¡Esta niña que te escribe todas las noches en su cama y te coloca bajo su almohada ya se está convirtiendo en toda una señorita! Mi voz está cambiando, mis rizos se hacen más negros y bonitos, mamá ha tenido que regalarme sostenes más grandes, mis mejillas y labios se han sonrojado mucho más y, lo mejor de todo, es que no he perdido el verdor de mis ojitos. ¡De veras!...

» Hoy no me costó nada de esfuerzo convencer a un compañero del colegio de que me comprase la merienda. Solo tuve que mirarlo a los ojos con una sonrisa, ¡y este fue corriendo a la tienda para gastarse todo lo que tenía dentro de los bolsillos en golosinas y chocolates para mí! La verdad, me sentí un poco malvada por ilusionarlo, pero no puedo negar que fue muy divertido, ¡ijijiji! Estos deben ser los poderes femeninos de los que mamá tanto habla y con los que, según ella, convence a papá de regalarle cualquier cosa...

23 de mayo...

» Ya van dos veces que me sucede algo muy raro cuando me he mirado al espejo: la primera fue cuando me lavaba los dientes antes de irme a la cama. Una vez que escupí el agua en el lavabo y me vi en el espejo para comprobar que no me hubiesen quedado pedacitos de pasta dental en la barbilla (qué asco...), noté por algunos segundos que mis ojos, en lugar de verdes, eran azules, casi celestes, y mi cabello se veía rubio y alisado, en lugar de mis lindos rizos oscuros. Solo bastó con frotarme los ojos para arreglar el espejismo... Pero hoy, queridísimo diario, cuando me maquillaba para salir a comer con mi novio, dos manos pálidas y de reverso chocaron al unísono contra el espejo, como si estuvieran dentro de él... ¡Yo las vi! Y claro, grité, pero me calmé cuando, luego de abrir los ojos, ya no estaban...

» No sé qué está pasando, diario mío... Estoy asustada.

30 de julio...

» Oye, diario: parece que el espejo del closet también se volvió loco... A veces escucho como si alguien estuviese tocando a puño cerrado dentro de él, pero cuando lo abro, no sé con qué valentía, nunca encuentro nada extraño dentro. Pero, ¿sabes qué es lo más raro? Las veces que me he despertado por esos ruidos siempre coinciden en la misma hora: 3:00

am...

» Tengo miedo...

Aleja pasó la página, mientras se mordía las uñas, pero ya no había nada más escrito.

Las coincidencias hablaban por sí solas: ruidos en la madrugada, quizá a la misma hora, sin que ella se diese realmente cuenta, y visiones-pesadillas en las que han participado los espejos. Además, los sucesos ocurrían en una etapa de sus vidas muy similar, precisamente durante el período de pubertad que las llevaba de la flor de la niñez y adolescencia (si bien la menstruación ya comenzaba unos años antes) hasta la plena belleza de la juventud. Había también otro aspecto al que Aleja daba vueltas en su cabeza... Tenía que ver con Carla... pero no, era algo muy absurdo, pensaba. De igual modo, el estar viviendo muchas cosas similares a lo que vivió la desaparecida durante ese último año era ya bastante horroroso.

Alejandra pensó que le llevaría mucho tiempo poder dormir esa misma noche, pero no: ella estuvo todo el día ayudando a su madre con una limpieza profunda de la casa, y vigilando a la bebé, mientras su padre y su hermanito construían una nueva mesa para el comedor en una pequeña carpintería que tenían en el sótano, por lo que, apenas tocar la almohada, de su boca comenzaron a salir ronquidos (nada envidiables, por cierto). Pero, da igual que estuviera muy cansada o que no pensara ya en conjeturas... algo quería jugar con ella de todos modos...

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...

Despertó de un brinco y encendió la luz lo más rápido que pudo. Su mirada corrió directamente hacia los espejos del tocador y del baño, que podían verse bien desde el ángulo en el que se encontraba su cama: le pareció que los golpes venían de allí. Medio dormida, vio una mano flaca y pálida en cada espejo, golpeando al mismo tiempo con el puño cerrado, como si estuvieran llamando a la puerta...

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...

Suspiró, apagó la luz y se colocó la almohada sobre la cabeza, intentando dormirse otra vez luego de cerrar violentamente los ojos. Según ella, esto era una pesadilla, como las anteriores... Y así duró un minuto entero, ignorando los ruidos y sintiéndose orgullosa de no acobardarse, hasta que desde el closet comenzó a escucharse un temblor, ligero, pero audible. Aleja no pudo resistir la tentación y levantó nuevamente la cabeza viendo cómo, en efecto, aquellas puertas trataban de abrirse. Giró la cabeza hacia el reloj de su mesa de noche, deseando no encontrarse con los mismos números que Carla había escrito en la última página de su diario, pero estos, sádicos y enrojecidos, se burlaron en su propia cara...

3:00 A.M.

Las dudas de si se encontraba o no en un sueño solidificaron. Se

preguntó, como ráfagas volando sobre el valle de sus recuerdos, si todas las veces anteriores que había escuchado aquellos golpes sucedieron siempre a las tres de la madrugada. Por su parecido a lo que contaba Carla, una respuesta afirmativa traería a su mente un desenlace fatal...

Los ruidos se hacían cada vez más intensos. Parecía imposible que su hermanito o alguno de sus padres no hubiesen llegado ya para saber qué demonios estaba ocurriendo. Esta idea volvió a convencerle de que (*por favor*) lo que ahora vivía debía ser otro sueño... otro tonto, infantil y cursi sueño. Aunque... ya lo notaba: aquella somnolencia con la que observaba y escuchaba se había desvanecido por completo... Estaba más despierta que nunca. *Maldición, maldición* —sacudía la cabeza —, *maldición, maldición...*

Aleja se estaba llenando de confusión, como las veces anteriores, y mientras se sentaba en la cama y apoyaba su espalda en la alta cabecera, se acercaba la llegada de su durmiente príncipe, de un amigo perdido, de aquel a quien Aleja había rechazado en la formación de su personalidad...

«...¡Habran paso, no empujen! ¡El señor Miedo necesita pasar! ¡No empujen, por favor!...»

Lo que pasaba por la mente de Aleja lo hemos experimentado casi todos: ideas que se contraponen unas con otras sobre el escenario de un suceso inesperado, indeseado y aniquilador. Trataba de convencerse una y otra vez de no dejarse engañar por lo que veía o escuchaba; pensaba que era probable su entrada en un estado de locura, por lo que simplemente estaba siendo víctima de su mundo interior y de la personificación de los monstruos de su imaginación, pero no... El sudor frío que bajaba por el centro de su espalda y el nulo efecto que producían el frotarse los ojos y darse palmaditas en las mejillas derribaba y masacraba todas las teorías que intentaban ofrecerle una fantasiosa paz y una ya descompuesta esperanza. Negando su propia certeza, y aceptando con la voluntad la misma incoherencia de lo que quería concluir, se dijo: *Pronto voy a despertarme* —peinaba con las uñas el cabello que tapaba sus orejas y se safaba de las sábanas, aun sentada en postura india —... *Sí, pronto despertaré, y saldré de aquí para decirle a papá que me lleve al psicólogo o algo así. Quizá me drogué con todo el polvo que tragué ayer, o soy propensa a la esquizofre...*

El closet se abrió.

En aquel espejo de cuerpo completo, que Aleja no se había molestado en usar durante casi un año, se reflejaba una luz que encandilaba y oscurecía, encandilaba... y oscurecía, como si dentro de él hubiese un bombillo a punto de fundirse o de explotar. Cada vez que el espejo esclarecía en la penumbra, Aleja se percataba de que algo, o alguien, se reflejaba y, como si dentro del cristal hubiese un largo pasillo, aquello se acercaba.

Un nuevo sonido se añadió a los golpes que las dos fantasmales manos daban a los otros espejos del tocador y el lavabo. Aleja no solo lo escuchaba... también lo sentía: era su propio corazón...

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...

Pum-Pum... Pum-Pum... Pum-Pum...
Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...

Se llevó la mano derecha al pecho, delante del corazón, y apretó con creciente fuerza al tiempo que la figura del espejo salía del cristal, poco a poco, entreviéndose mejor a cada flash de luz que continuaba reflejando el espejo: pasos lentos y cojos, mirada cabizbaja y cabellos rizados e intensamente ennegrecidos que bailaban sobre su espalda y hombros a cada movimiento; sus labios se veían bastante rojos, susurrantes, como persianas perfectas para una apagada y muerta sonrisa; usaba una pijama de dos piezas, abombadas y de color blanco.

«Ello» salió del espejo.

Alejandra solo podía observar, maravillada de tanto terror real, que la figura que se acercaba con torpeza hacia su cama era la misma que había visto en aquella pesadilla del baño y en la confusa alucinación del tocador. Viendo ese color de piel, pálido y fantasmal, notó la semejanza que tenía con los puños que todavía golpeaban los espejos, pero no fue hasta que el "espectro" se detuvo a unos pasos de ella que Aleja comprobó el detalle secundario más horroroso: la figura no tenía manos. Cada brazo iniciaba en los hombros desnudos y terminaba en el inicio de los codos.

Totalmente abstraída por aquel espectáculo, Aleja se sorprendió de no haber pensado ni un momento en salir pitando de ese lugar. Ahora que esa cosa estaba frente a ella, todavía con la mirada baja, Aleja, alterando sus aterradas e impresionadas facciones, renunció a cualquier posibilidad de huir. Pensaba que ya era hora de reencontrarse con la verdadera «yo». Antes de hacerse bonita y envidiable, una situación como la que ahora vivía le habría parecido más interesante. Y ahora... ¡Temblaba como una nenita! Esta era la oportunidad de encerrar para siempre a la Alejandra delicadita y regresar a la original, a la que, según ella, tenía que ser la verdadera... Total, esto era otra pesadilla, ¿verdad?... ¿VERDAD?

No pasó un momento antes de que su propia conciencia se le volcara encima:

—¿Estás loca? ¡Déjate de rarezas y sal corriendo, pero ya!

—¡Cállate! —respondió Aleja —Déjame en paz...

—¿Qué no ves que tu vida puede estar en peligro? ¿Cómo no te das cuenta de que esta NO ES una tonta pesadilla? ¡En ellas no se puede pensar tanto! Todo sucede por inercia y te arruinan el sueño, pero luego te despiertas... y ya. ¡Esta vez no!

—No me importa... —Aleja continuaba observando al espectro.

—¡Maldición, Aleja! ¿Qué quieres probar?

—Que esto no es real... y si lo es, pues no tendré miedo. No soy una llorona.

—¡Basta de tonterías, por favor! ¡SÉ NORMAL!

—¡Al carajo contigo! ¡Cállate ya! —Gritó, fuera de sus pensamientos. Aquello que estaba delante de ella subió la cabeza, con los párpados cerrados.

Aleja puso los pies en el suelo, se levantó, y caminó... hacia «ello».

Cada paso que daba, cada segundo en que lo observaba, ya no pensó en "esa cosa", sino en «ella»: la chica que había estado fastidiándole

durante varias noches, la muchacha de rizos negros que le había sonreído en el espejo, la que le acosaba en pesadillas...

Se detuvo, más o menos a cinco cortos pasos de distancia de «ella», todavía pensando en qué demonios estaba haciendo al acercarse a lo que parecía un fantasma a las tres de la madrugada, que, por cierto, no se movía, ni se escuchaba su respirar. Algunos de sus rizos tambalearon con una pequeña brisa que entró por la ventana, pero su cuerpo continuaba estático.

Aleja intentó vencer nuevamente los impulsos de salir corriendo. Estar cara a cara con «ella», quien transmitía un aura nada agradable, resultó más difícil de lo que pensaba. Respiró profundamente, cerró un momento los ojos, y luego los abrió, ya con el ceño fruncido y una mirada que tenía la intención de intimidar:

—Tú... ¿Por-por q-qué estás a-aquí? —preguntó Aleja, no logrando controlar un poco de tartamudez.

—...

—Resp-respóndeme... ¿Puedo ayudarte e-en algo? —Volvió a intentar, notando lo estúpido que había sonado aquella pregunta.

—...

—¡No me gusta que estés aquí! —Expulsó Aleja en un grito-gemido, por fin. Le siguió un largo suspiro.

—...

Su actitud de dominio perdió algo de confianza y fue adoptando algo de preocupación, pero logró dominarse y volver a intentar una maniobra: Le sacudió uno de los hombros para hacerla reaccionar. Al realizarlo, una vez superando a su voz interior que venía a fastidiar otra vez, «ella» abrió los párpados con brusquedad y clavó el verdor de sus ojos en los de Aleja. No parpadeaba, solo... sujetaba ambas miradas.

—Yo tenía miedo... —Susurró «ella». Los golpes de los espejos, que hasta el momento continuaban su tedioso ritmo, se detuvieron en seco, ampliando el eco de aquellas débiles palabras.

Aleja retiró su mano. Al escucharla, por primera vez sintió pavor verdadero, como si unas repentinas ganas de llorar la invadieran. Respondió a su mirada, dejándose sujetar, y dio un paso hacia atrás, todavía no con expresión de susto, sino de incomodidad... una indeseable extrañez.

—Yo tenía miedo... —dijo «ella», una vez más, dando un paso adelante en respuesta a la reacción de Alejandra. Su rostro continuaba serio y penetrante, lo que hacía más impresionante el verdor de sus ojos.

Aleja movió la cabeza de un lado a otro, negando. Las palabras de la chica le perturbaban, la aglomeraban de una sensación desconocida. Si lo que estaba viviendo no era real, si era una maldita pesadilla, entonces la hora de despertar ya estaba muy cerca... lo sabía.

—Yo... Tenía miedo... — ambos extremos de sus labios subieron un poco, formando en su rostro una expresión de... ¿satisfacción?

Aleja dio otro paso hacia atrás, tratando de engañarse a sí misma, de

convencerse de no tener miedo, de animarse pensando que ya pronto despertaría de una hipotética jugarreta de su propia mente. Intentaba conservarse firme, pero inconscientemente volvió a llevar una mano sobre su pecho.

—Sí... Yo tenía miedo —Ahora «ella» sonrió por completo, mostrando una impecable dentadura, casi inmaculada.

Las moribundas manos retomaron los golpes sobre los espejos, con mucha más fuerza que antes, y el corazón de Aleja no tardó en unirse al concierto...

iMpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...!

Pum-Pum... Pum-Pum... Pum-Pum...

iMpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpack-Mpack...!

—Yo Tenía miedo, Aleja...pero ya no, porque... —decía, en tono burlesco, acercándose con pasos tétricos, torpes y morbosos, sin separar la mirada —¡ahora es tú turno!

Aleja, al escuchar estas últimas palabras, retuvo por unos momentos el miedo que la invadía y dio paso al enojo y la rabia, reprimidas desde el inicio de aquella "aventura":

—¡Que no tengo miedo! —Repuso —¡Ahora, lárgate de aquí, y deja de estar jodien...!

«Ella» invadió el espacio personal de Aleja con un imperceptible salto, como si hubiese desaparecido y luego vuelto a aparecer, ahora a una distancia demencial de Aleja, la cual tragó sus palabras y tambaleó ante la mirada cada vez más sádica de su intrusa. La sonrisa de «ella» alcanzó la exageración, movió la cabeza de arriba hacia abajo, con lentitud, susurrando:

—Ah... ¿Segura que no, Aleja, *¿mi pequeña y llorona princesa?*

No más... Los nervios de Alejandra colapsaron. Al demonio con la valentía y el recupero de su desafiante personalidad. Perdió el control sobre sí misma, hizo un puchero que predecía las lágrimas, e intentó alejarse de «ella» cortando las miradas, dándose la vuelta para correr hacia la puerta y jalándose algunos cabellos.

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpa...

Pum-Pum... Pum-Pum... Pu...

Mpack-Mpak... Mpack-Mpack...Mpa...

Las manos que tocaban los espejos salieron de ellos, disparadas, dejando tras de sí un último golpe a medias. Aleja las siguió con el rabillo de los ojos y observó cómo una regresaba con «ella», mientras que la otra...

. . .

A inicios del verano, la familia Gómez abandonaba la casa en la que apenas habían alcanzado a vivir un solo año. Los padres mostraban en todo momento una expresión sepulcral, preparando los últimos detalles antes de partir en un camión de mudanza que les alejaría para siempre de aquel lúgubre lugar; Fernando y su pequeña hermanita, Lilibeth, de apenas diez meses de vida, observaban a sus padres con rostros

confundidos, somnolientos, apenas con conciencia de lo que estaba ocurriendo, al menos por parte del chico, pues la bebé carcajeaba a intervalos y se divertía babeando el hombro de su hermano, en un acto de desubicada alegría que chocaba contra la profunda tristeza del momento...

Pero, ¿qué había sucedido?

Alejandra, la hija mayor, desapareció por completo durante una noche ordinaria, sin dejar ni un solo rastro, y no llevándose más que el pijama de ositos que utilizaba... Al igual que a la familia que habitaba en aquella casa antes de ellos, los Castillo, los instintos encendieron las alarmas de escape y protección en la mente de los Gómez pues, si algo tenía que ver esa casa, no dudarían en sacar de ella a sus dos hijos restantes...

...

Uno o dos días después de haberse reportado la desaparición de Alejandra, la jefatura policial del pueblo recibió la visita de una joven adolescente que decía estar extraviada. El primer pensamiento de los guardias fue que se habían topado con la recién desaparecida, pero, al buscar los papeles de la denuncia y ver una foto, comprobaron que ambas muchachas tenían varias diferencias físicas: esta misteriosa muchacha no tenía el cabello castaño, ni los ojos color marrón, como mostraba la fotografía de Alejandra.

La joven, sentada en una pequeña silla y con las manos sobre sus piernas, esperaba al oficial que hablaría con ella dentro de un pequeño y poco iluminado interrogatorio. Cuando este llegó, se sentó frente a ella y la observó durante algunos segundos: ella llevaba puesto un camisón blanco con las mangas arremangadas hasta los codos, donde podían verse unas peculiares marcas que rodeaban con una circunferencia esa parte de la piel, y unos pantalones de pijama del mismo color, bastante abombados; la tonalidad de su piel era blanquecina, algo pálida en aquel momento, por lo que sus labios de esmeralda y ojos verdosos resaltaban sobremanera; sus cabellos, de un color negro intenso, descendían en espiral al margen de sus rosadas mejillas y entre cubierto cuello, haciendo una extraña combinación con su mirada perdida y neutra expresión.

La chica había dicho al llegar que tenía sus recuerdos muy borrosos y entrecortados, que hacía algunas horas se encontraba en una recámara que se le hacía muy familiar, como si fuese la suya propia, pero las personas que habitaban aquella casa, dormidas a altas horas de la madrugada, no eran ni sus padres ni sus hermanos. Asustada, escapó de allí intentando no ser vista y buscó ayuda para encontrar a su familia, hasta que después de muchas, muchas horas, una joven de dorados cabellos y ojos azules la encontró divagando y le ayudó, con muchísima cortesía, a llegar hasta el lugar en el que se encontraba ahora. Confesó tener la sensación de haber visto antes a aquella joven rubia, pero no

encontraba ninguna relación en su memoria.

—Está bien, linda, seguro que podremos ayudarte a encontrar a tus papás, y con un poco de terapia podrás recordar mejor lo ocurrido, pero ahora necesito que al menos intentes recordar los nombres de tus padres.

—Martín y Laura —Contestó la chica, al instante.

—¡Muy bien! Parece que vas mejorando. ¿Recuerdas también tu propio nombre, querida?

La joven se recargó sobre el espaldar de la fría silla y, sin dejar de mirar al oficial, respondió:

—Carla... —Luego frunció el ceño, entre cerró los ojos e intentó recordar más, hasta que, con euforia, abrió los párpados y levantó las cejas, repitiendo —Carla... ¡Carla Castillo!...

...

La casa anteriormente habitada por los Castillo y por los Gómez permaneció varios años sin dueño, y con razón... Hasta que una familia proveniente del otro lado del país encontró la oferta que la gobernación del estado había colocado en muchos periódicos de la nación, con el fin de poder venderla. Esta vez solo vendrían tres personas, una pareja de esposos con hijo único, Andrés, un niño de nueve años de edad. Cuando llegaron a su nuevo hogar, naturalmente Andrés se instaló en la habitación más grande que encontró, pues necesitaba espacio en donde colocar muchas repisas con sus colecciones de carritos Hot wheels y figuras de acción. Aquella habitación tenía incluidos tres espejos: uno en el baño, otro en el tocador y un último dentro del armario, el espejo más grande entre los tres.

A la primera noche, aproximadamente a las tres de la madrugada, Andrés despertó de un bonito sueño por culpa de unos sonidos que, aun en su estado de somnolencia, le hicieron recordar la primera vez que escuchó latir un corazón usando el estetoscopio de juguete que utilizaba de pequeño para jugar al doctor. Esos ruidos que escuchaba en su nueva habitación eran algo así como...

...Pum-Pum... Pum-Pum... Pum-Pum...

